

SHUNCO

Flavio Gutiérrez Zacarías

Esta edición especial se realiza para conmemorar el 50 aniversario de
la primera edición del libro publicada en 1972.
San Francisco Ixhuatán-San Blas Atempa, Oaxaca. México.
24 de mayo de 2022
Francisco y Plinio Gutiérrez Delgado.

Texto. © 1972 Flavio Gutiérrez Zacarías.
Portada. © César Odilón Jurado Lima.
Todos los derechos reservados.

Introducción a la edición especial por el 50 aniversario.

Medio siglo ha transcurrido desde que el autor, Flavio Gutiérrez Zacarías, entregara al público el primer ejemplar de este libro: Shunco. En el idioma zapoteco, el término SHUNCO se emplea como una palabra cariñosa para referirse al hijo menor de la familia; pero, también, el pariente, el amigo, reciben el término como una muestra de cariño y afecto. SHUNCO, en todo ese tiempo, transitó de mano en mano, del familiar al amigo, de un lector a otro, hasta quedar guardado en algún rincón especial de una biblioteca privada, de una universidad en el extranjero, en el corazón mismo de quienes amamos el idioma zapoteco y nos enorgullecemos de nuestra cultura oaxaqueña.

Indudablemente, la intención original de Flavio Gutiérrez Zacarías, al escribir SHUNCO, sigue viva. Hoy más que nunca, es ineludible rescatar, conservar e impulsar la cultura ancestral de nuestros pueblos zapotecas del Istmo de Tehuantepec. SHUNCO, vuelve a la vida, en esta edición especial -impresa y digital-, para que los niños, adolescentes y jóvenes de San Blas Atempa, de Tehuantepec, Juchitán, Ixhuatán, y otros pueblos del Istmo de Tehuantepec, puedan echar una mirada atrás a la cultura y tradiciones de sus padres, de sus abuelos, de sus ancestros. NINO CABEZA, el brujo de San Blas Atempa, singular personaje de Shunco, revivirá y se transformará en la imaginación de los niños de esta nueva generación, que no por su apego a la tecnología y las redes sociales, han perdido el amor a lo suyo.

Ciertamente, los tiempos son otros, han cambiado, con el pasar de un medio siglo. Sin embargo, el legado de nuestros ancestros está vivo: en las ruinas del Guiengola, en las calles de San Blas Atempa y de los pueblos donde todavía se escucha el zapoteco; en el esfuerzo de las escuelas y de las Casas de la Cultura por impulsar el aprendizaje del idioma zapoteco. Esta edición de SHUNCO, constituye, por lo tanto, una aportación para que los niños, adolescentes y jóvenes del Istmo de Tehuantepec aprendan -más todavía- de la cultura propia. Ahora, sólo hace falta un padre, una madre, un maestro, dispuestos a leer cada día -junto con sus hijos- los relatos del libro. La cultura zapoteca es rica en

leyendas, anécdotas, tradiciones, que viven -hasta cierto punto ocultas- en la memoria colectiva de los pueblos zapotecas. Al leer los relatos de SHUNCO, se pretende, asimismo, que los adultos recreen, en su memoria, sus propias vivencias y experiencias adquiridas en su contacto con la cultura zapoteca, y las cuenten, en voz alta, a sus hijos.

Tal es el propósito de esta edición especial de Shunco: entregar, a los lectores, un libro escrito hace medio siglo, pero que sigue vigente, a fin de que los hijos de San Blas Atempa, del Istmo de Tehuantepec y de México, puedan acercarse más a sus raíces indígenas; y, por lo tanto, motivarlos a producir nuevos libros escritos en el idioma de sus ancestros, el zapoteco, para que así continúe siendo realidad la máxima del poeta juchiteco, Gabriel López Chiñas:

¡Ay!, didxazá, didxazá,	¡Ay!, zapoteco, zapoteco,
didx' a rusibani naa,	lengua que me das la vida.
naa nanna zanitilu',	Yo sé que morirás
dxi initi gubidxacá'.	el día que muera el sol.

Plinio y Francisco Gutiérrez Delgado.

San Blas Atempa/San Francisco Ixhuatán, Oaxaca, México. 24 de mayo de 2022.

A la memoria de mis padres Pancho Ngula y Calixta Zacarías.
Para Elsa, Cibeles, Paquito y Plinio.

INDICE

PRÓLOGO

PRÓLOGO TESTIGO

I. LOS ABUELOS	1
CA VINIGULA	1
LA MOFA DEL DIABLO	5
VIENTO SILENCIOSO	7
LOS DUENDES	10
LA XTABAY ZAPOTECA	12
EL ESPÍRITU ZAPOTECA	14
SUPERSTICIÓN	16
LA MARCHITA VERGÜENZA	19
LA SIBILA MARIANA	21
LA CODORNIZ	24
LOS DOS AMIGOS	25
ENTRE FRONDAS	28
EL CLAVEL Y LA ROSA	29
TESEO ZAPOTECA	30
EL CONEJO Y LA CULEBRA	32
ROMANCE MESTIZO	32
LA BRUJA PERDIDA	34
EL BESO DE LA BRUJA	36
LA BRUJA ATILANA	38
LAS BRUJAS TIENEN NOVIO	39
TAMBIÉN JUEGAN LAS BRUJAS	41
EL ENCANTO DE LOS PANES	42
LA RISA DE LAS BRUJAS	44
LA CASA DE LA BRUJA MARÍA	45
LOS MALEFICIOS DE MATILDE	46
CUANDO MUEREN LAS BRUJAS	47
LA ABUELA	48

II. NINO CABEZA 50

LA MALDICIÓN DEL BRUJO	50
EL ESPEJO DE NINO	55
LOS OJOS DE NINO	59
LOS AMIGOS DEL HECHICERO	62
ROMANCES DE NINO	64
LA MUERTE DEL BRUJO	66
APARICIONES DE NINO	67
AÑOS DESPUÉS	70
PRODIGIOS DE LEÓN GÓN	73
EL RETORNO DE NINO	75
EN LA CASA DE NINO	77

III. CRISTO EN EL ISTMO 80

LA LLEGADA DEL MESÍAS	80
LA RESURRECCIÓN	82
EL CENTURION DEL NAZARENO	84
LAS LÁGRIMAS DE CRISTO	86
SAN VICENTE GOLA	87
EL CHUPAMIRTO	89
LA URRACA	90
BIGUITU	92
EL ZANATE	93
BIOGRAFIA	

PRÓLOGO

El más grande de los escritores ha escrito un solo libro: Miguel de Cervantes Saavedra, *El Quijote*; William Shakespeare, *Macbeth*; Francisco de Quevedo y Villegas, *Los sueños*; José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*. Escribir es poner en letras ideas, pensamientos, sentimientos, palabras nunca antes pensadas por nadie. Un gran escritor, el que se considere el más grande escritor es, con mucha frecuencia, autor de un solo libro, de una sola expresión inesperada, a veces, de una sola página. En ocasiones, aquello que no logró decir el que se considera el mejor escritor viene un desconocido y lo dice. Parece algo asombroso, las palabras hablan en el aire, son casi siempre, el eco de una voz que alguien no se sabe cuando ni dónde logró decir en un momento maravilloso. Hemos visto, a menudo, que el autor menos calificado dice algo que nadie antes soñó decir. Se diría que un ser todopoderoso, ese a quien llamamos Dios, llega un día sin que se le espere y nos dicta las palabras que todos andábamos buscando; por eso, no hay grandes ni pequeños escritores, todos son escritores. Hay entre los hombres una idea, un sentimiento que andaba buscando labios para expresarse; y de repente, el hombre más a ras de la tierra, llega y lo dice. Aquello que los grandes genios, y los más poderosos ingenios, no lograron decir, viene un lego, un desconocido, y lo dice. Dios, para atribuirlo a alguien, pone en la boca del hombre más humilde una deslumbrante verdad, una palabra iridiscente. Un escritor puede ser el más grande de los escritores con una sola página: aquella, digamos, que pronunció Dios, y que el oyó, y puso en letras. Por eso, hay que escribir sin importarle a uno, si lo que dice es verdad o es bello. Por eso, hay autores de una sola página y, a veces, de una sola palabra. Lo he estado pensando ahora que la casualidad puso en mis manos un libro de Flavio Gutiérrez Zacarías.

Se diría que un ser misterioso, todopoderoso, dijo una palabra que andaba perdida en el aire del mundo y, llega inesperadamente, alguno que lo dice, que lo concreta en una palabra. Eso iguala a todos los escritores. Un escritor humilde, cuya cabeza y cuya pluma están a ras de la tierra, dice la más luminosa verdad y la más iridiscente palabra.

El hombre más oscuro despide luz, y pone en el alma humana el reflejo dorado de una verdad. Hay escritores de un solo libro y, frecuentemente, de una sola página. El escritor está como en espera de que una boca ande en busca de otra boca que diga lo que él no pudo decir. No hay grandes ni pequeños escritores, todos son iguales; lo maravilloso es que a uno le toque oír y decir la palabra que Dios pronuncia, y busca quién la diga. Decir una verdad es como ver a Dios, eso constituye al gran escritor, aquél que le tocó en suerte decir la verdad que es como decir la palabra de Dios. La palabra es oro y el silencio eternidad, dijo Thomas Carlaire.

Andrés Henestrosa

Tlacoahuaya, Oax., viernes 10 de junio de 2005.

PRÓLOGO TESTIGO

FLAVIO GUTIÉRREZ ZACARÍAS nos presenta en este libro, el alma de los antiguos pueblos oaxaqueños, donde el mundo mágico y mítico se entrelaza con la realidad, en ocasiones más descarnada que la injusticia y la miseria, para darle al hombre su dimensión de tradiciones. FLAVIO GUTIÉRREZ ZACARÍAS, partícipe desde su infancia con las leyendas que los abuelos narraban, que los padres proseguían, vuelca en un idioma sencillo, como el espíritu sencillo de la humanidad sin complicaciones inútiles, en estos cuentecillos, en estas, a veces brevísimas narraciones, la experiencia de quienes desde los remotos orígenes lucharon por construir, por estructurar un universo que clarificara las dudas que la naturaleza planteaba y que ellos, impotentes, un poco menos que ahora, tras la llegada a la luna, no podían comprender.

FLAVIO GUTIÉRREZ ZACARÍAS nos introduce a un mundo en donde las consejas de siglos han venido cambiándose palabras para quedar convertidas en su estilo puro, diáfano y poético. Cada uno de sus relatos nos envuelven, cuán difícil hoy en día, entre tantas confusiones y extravagancias malabares en un extraño encanto de la mente llana, quizás llena de fantasías, supersticiones tal vez, pero que al leerlos, es como si de pronto regresáramos a tiempos ya destruidos por la máquina y nos colmáramos de una prístina poesía, apenas emanada de los sentidos.

Encomiable es su preocupación por rescatar aquellas conversaciones que el viento dispersaba entre la sierra oaxaqueña para no volver jamás a los oídos de los cultivados en el progreso que los avergonzaba al crearlos productos de la ignorancia. Y su labor, larga labor de quien intenta salvar de los olvidos, ha cristalizado en este su primer libro, primera relación de historias zapotecas surgidas de un anónimo recopilador colectivo, recreación de más de siete días.

Nino, hombre de leyenda, va apareciendo ante nuestros ojos, rodeado de todo su misterio, con atracción potente para quienes apenas nos atrevemos a inmiscuirnos en galaxias de fantasías naturales vueltas sobrenaturalidad. Y los abuelos y las supersticiones y las costumbres y las anécdotas y los recuerdos también destilan sus emociones

transformadas por un aliento sutil de belleza.

Oaxaca, asiento de antiguas culturas, tiene en FLAVIO GUTIÉRREZ ZACARÍAS un gambusino que anda a la búsqueda de oro, mas no el de sus brazaletes o sus collares, privilegios de castas aparentemente superiores, sino el labrado durante ensueños, temores, misterios, en leyendas que sólo saben, recopilan, recuerdan aquellos en quienes subsiste la plenitud de una raza de fuego.

Sea esta obra el inicio esperado, por los que vamos en semejante búsqueda, para que los jóvenes mexicanos comprendan más la ancestral huella que nos enorgullece y nos coloca entre los pueblos del mundo que no están vacíos y no necesitan placeres artificiales para sentirse plenos, puesto que el arte nos satisface y nos da la pauta por seguir hacia el encuentro del bien y de la verdad.

DOMINGUEZ HIDALGO.

I. LOS ABUELOS

CA VINIGULA

Hasta ahora se les quiere y se les respeta, el pueblo les prodiga cariño porque, con justa razón, se les considera descendientes directos de los VINIGULAZA, los viejos, en la lengua de Cervantes, los que sostienen en sus manos el poder de sus antepasados y, como son los primeros en ofrecerse al encanto y donaire de la Zandunga o bailar y cantar La Llorona en sus fiestas titulares, de ahí que la lengua haya aceptado agregar la terminación "Za" que significa música, danza o nube por el símil de las canas con el color de las nubes que caminan, día y noche, sobre la cara del cielo istmeño.

Como la mujer istmeña en una hamaca, la leyenda descansa en la mente zapoteca recreando su vista hacia el pasado infinito; algunas veces se despedaza o juntándose para buscar el origen y barro de la actual generación; otras, se recrea danzando o divirtiéndose en la inmensidad de las nubes que corren a estrellarse o reunirse. El niño lo conforma a su modo, rompe la expresión en pedazos, le busca y encuentra la definición que más le agrada, Vinigulaza, repite, es el barro de mis antepasados; es la nube dispersa, abuelos que no aceptaron la intromisión del extranjero, Los Hombres que dispersó la Danza, diría, finalmente, Andrés Henestrosa.

Todos y nadie diga que es suya la vieja leyenda, yo la diré a mi poca manera de entenderla, como me la contaron y no como la he leído; cuidado y alguien salte a reprochar que así no es, es una advertencia, porque el que no es bilingüe no podrá adjudicarse el derecho que es sólo de la raza.

Yo también me recreaba de pequeño jugando con los pedazos que componen la expresión Vinigulaza, y cuando no lograba tejerla a mi gusto, volvía a fragmentarla hasta dejar satisfecha mi curiosidad. "Vi", decía, significa viento, "Dula", agregaba, quiere decir disperso, y de repente soltaba de mi lengua "Za", nube, lo que al final alcanzaba a reunir en una sola expresión: La nube dispersa.

Y otra vez volvía al bastidor como la tehuana que se entrega a la tarea de bordar su huipil, buscaba la nueva frase y sola resbalaba a mi intención: "Vini-gente-gula, anciana, y otra vez se pegaba a la cola "Za" que me daría "Los viejos que danzan".

Y cuantas veces me senté a jugar con la leyenda formada alrededor de esta raza zapoteca, siempre encontré una nueva versión sobre los pedazos que juntaba en mis rodillas.

Andrés Henestrosa Morales, niño como yo, de origen huave zapoteca, también se puso a jugar con la palabra hasta encontrarle una inspiración que sublimó en "Los hombres que dispersó la danza" que en zapoteca se rompe Vini—Los hombres—gulá-dispersó—za-danza, y así tenemos que, son los hombres que después que la fiesta llega a su fin retornan a sus hogares arrastrando en el corazón la melancolía de la alegría que se interrumpe.

La raza es tan vieja como la misma tradición que no se separa de ella; se les encuentra en los arenales de los ríos como pequeños ídolos de barro o trastos que arrastran las corrientes y, hasta hay quien se atreve a denunciar la presencia de un "Hombre Salvaje" que baja de las montañas a la misma hora que el sol descende a reposar sobre nuestra cabeza "El Sombrerote", le llaman fuera de los límites de Tehuantepec. Otros afirman que es el diablo que cambia de ser para poder presentarse al pastor de ganado que lo encuentra siempre de espalda y sobre una rodilla descansa para beber el agua de la laguna o esteros, ¡Cuántas veces no han sido esos mismos zagales quienes confían a sus amos que son amigos del "Hombre Salvaje" o que lo reconocen por la huella que clava sobre el lodazal del camino!

LAU YAPE, de San Blas Atempa, habla de un misterioso personaje que le visita diariamente al filo del mediodía o a la misma hora que la luna se esconde

detrás de los montes; durante mucho tiempo calló el origen del desconocido pero el día que no resistió las ansias de la indiscreción que resbaló de sus labios, como gotas de rocío de una hoja, su ganado se dispersó en los montes y es hasta el día de hoy que nadie sabe del paradero de esos animales que no han vuelto al rancho que quedó vacío, y es que el Sombrerote es enemigo de la indiscreción. Cortó el hilo de su amistad con el aliado con los mismos rayos del sol del mediodía.

Otros han tenido la suerte e ser visitados por el mismo personaje en altas horas de la noche, de humildes labriegos, dueños de una hectárea de parcela, se convierten en ricos potentados sin conocer el número de ganado que manejan.

¿No se sabe acaso, de otros machos ganaderos que los sorprende el día recogiendo los huesos de su ganado en el corral? El hombre salvaje los castiga llevándose todos los animales a lugares más apartados cuando son desagradecidos.

La tradición oral que corre a esconderse entre la misma raza para no diluirse a la luz de la civilización occidental, cautelosa se asoma en cada fiesta para recrearse en la fantasía del niño zapoteca. Los Vinigula de hoy no olvidan que sus antepasados juntaron el día y la noche para cantar y bailar su desaparición al paso de un cometa que anunciaba la presencia del extranjero sobre el territorio oaxaqueño.

El final se acercaba y ellos danzaban, cantaron en coro y bailaron hasta que el cometa brilló intensamente despidiendo la noche a la llegada de un nuevo día diferente al que ellos conocieron; abrieron sobre la cara de "Guiengola" una herida muy honda, se introdujeron en ella y como armadillos prolongaron el túnel con sus uñas hasta alcanzar el corazón de Zachila, y otros, que se quedaron a espiar el paso de los nuevos hombres barbados que avanzaban sobre Tehuantepec, tendieron un cordón que se arrastró bajo el río hasta salir en la actual cárcel de la ciudad; se ocultaron al paso de los hombres barbados, no por cobardía, sino porque Cosijoeza les habló: "Son más fuertes, ¿qué puede hacerse contra una legión que nos hundirá a su paso? —"El enorme ciclope se avergonzó de sus hijos zapotecas y como fiera que pierde el equilibrio dobló sus pies aplastando a toda una generación de temerarios zapotecas, y es hasta hoy día que nadie se atreve a penetrar en la garganta de esa enorme montaña que guarda en su vientre los trastos y armas de los Vinigulaza; el río los arrastra tan solo para mostrar su grandeza a la generación joven, pero cada istmeño que encuentra todos estos enseres, no desconoce que los Vinigulaza existieron y hasta piensa que un nuevo día los volverá a juntar para devolverles la alegría que

perdieron al paso de un enemigo superior en fuerza y arma, ¿acaso, no se ve en alguna región del Istmo donde los niños juegan a la Vinigulaza? —"Te pago con bidzichi huana —aseguran— y hasta puedo comprarte a ti mismo". Y con eso nos dan a entender que vale mucho "El dinero de la tehuana", y con pedazos de esos trastos de barro que desentieran del arenal realizan su intercambio comercial.

Hasta el día de hoy se les oye cantar en sus juegos y danzas su alegría tan conocida:

Bidzadza, bidzadza, yu,
—Coladera, coladera de barro,
ziaba nisa, siabaguiee
—Caerá agua, caerán piedras
ziaba nanda, ziaba de'
—caerá frío, caerán cenizas
Vinigulaza ma che'
—Los vinigulaza se van.

Y los niños se divierten dejando caer los trastos de barro que llegan en sus hombros o sobre la cabeza, exactamente como acontece al acercarse el fin de una boda que se interrumpe con el "Medi u xiga" que se toca para que todos los asistentes bailen, mientras depositan en una jícara que la novia sostiene sobre sus rodillas, la ayuda económica que le formará su pequeño dote. Los vinigulaza, ocultos en estas costumbres, reparten la alegría que acaba al mismo tiempo que por el occidente va muriendo el día, se rompen los trastos que se estrellan sobre la cara de la tierra que se muestra cansada con el peso que cargó durante el día que dura la fiesta.

Amigo lector, ¿le gustaría agregar un vinigulaza entre la colección de ídolos que gusta de reunir? Acompáñeme en este viaje y se convencerá.

Y no es que hayan desaparecido totalmente de las tierras del Istmo, la tradición los sigue ocultando a la falda de los cerros que abrazan a Tehuantepec y algunos que otros se transforman en Shuanas para cuidar celosamente los intereses del clero que es enorme en los pueblos del Istmo, y en este caso todo lo guardan para los santos que ellos erigen como patrón de los barrios; así tenemos que entre San Blas Atempa con Santa Rosa, del mismo municipio, conservan hasta hoy un rancho repleto de ganado que crece, aparentemente, sin que nadie lo administre, pero es al filo del mediodía que un personaje misterioso se acerca a ellos para mitigarles la sed en forma de lluvia.

SHUNCO

Un gobernante oaxaqueño, por cierto, dicen que llegó al poder con la bendición de los shuanas, pero cuál no será la desilusión de esta sagrada casta que el hijo ingrato olvidó su linaje y trató de vender el ganado que él mismo cuidó de niño; la maldición de los nobles no se hizo esperar, como rayo arrancó a fulminar el nombre del gobernante hasta hacerlo desaparecer del rostro de su pueblo.

—"Cuidado con los shuanas". Es la consigna para todo aquél que pretende engañar al pueblo, y no parece que sobre la cabeza del pueblo pesa el poder de una auténtica gerontocracia. Los vinigula mandan, organizan y rompen compromisos y no hay gobernador de Oaxaca que los desobedezca.

Yo le digo a mi papá, cada vez que lo visito en el cementerio del pueblo: Quiero ser shuana como tú, haz que tu barro circule en mis arterias.

MOFA DEL DIABLO

La cabellera del árbol se mecía como si el espíritu de una brisa la sacudiera del cuerpo. Corría el mes de abril y una sola alma no se movía en el interior de la casa abandonada hacía tiempo por la repentina muerte de la hija más querida de la familia Salud.

La campana de la iglesia Xihui llamaba al habitual rosario de las ocho de la noche y la bronceína voz alcanzó a recorrer las calles del pueblo que descansa a las orillas del río.

¿Quién vivirá en esta casa? Me interrogó tratando de encontrar un camino más lúcido a mi temor.

Enseguida, se oyen unos pasos que al ritmo de una escoba sacude el polvo de la tierra recién regada.

¿Quién barrerá la casa de Ernestina? Insisto para espantar de mi cuerpo el susto que ya me penetra hasta la raíz de mis cabellos.

Un suave soplo recorre mis brazos despejando los vellos dormidos, y, casi al mismo tiempo, una lluvia de arena que como granizo me baña la cabeza, intento caminar, pero los pies se resisten a dar un solo paso, adentro caminan y se sacuden los trastos con una ropa cuyo ruido resulta casi imperceptible. Escucho, enseguida, que alguien se aproxima a la puerta de pencas que como abanico se abre dando paso al señor Nuco

que sale estornudando en un paliacate negro que le cubre el rostro.

El señor Arnulfo me coge del hombro derecho y apoyándose en una pierna me dice:

—“Te veo con cara de asustado, ¿te ha pasado algo”?

Me detuve a contemplar las ramas del tamarindo —respondo— que se mecen sin que una mano las mueva, y en eso me encontraba absorto cuando escucho que del vientre de la casa una persona camina sacudiendo los trastos.

—“No te preocupes —recomienda— las casas abandonadas suelen reproducir al paso del viento, los ruidos que se producen durante el día, y es más —agrega— los viejos, sabemos, que es el diablo quien remeda, como burla, el quehacer diario del hombre. Puedes irte tranquilo a tu casa, con la seguridad de que has tenido el privilegio de conocer la mofa del diablo, concedido a muy pocos niños de tu edad.

Esa noche casi no dormí, pensando en el eco que me hizo pasar un gran susto que no he podido arrancar de raíz hará más de unos decenios.

Caminé como autómatas sin saber hacia dónde iba, mis pasos se dirigieron a la iglesia Xihui, donde el shuana ya tenía reunidos a mis compañeros, narrándoles cuentos de misterio.

Intervine para contarles lo que minutos antes me había sucedido y el anciano de cabeza blanca nos dirigió una arenga: "Tengan mucho cuidado de no acercarse a las casas deshabitadas; no es muy recomendable que lo hagan en la noche y menos cuando no haya Luna, son unos niños y no deseo que un día, menos pensado, amanezcan tendidos en el suelo con el diablo en su cuerpo".

—“Considero que no es ningún sacrilegio —prosigue— que yo confiese que aquí en la misma iglesia se ven tantas cosas en altas horas de la noche. El diablo, aprovecha que los cantos se quedan solos para sacudir nuestras huellas, al paso de un espíritu del viento. En la sacristía. —señala— descansa nuestro Señor de Esquipula y, aún así, el malvado Lucifer arrastra su larga cola por toda la iglesia para simular que el hombre camina de un lado a otro y por todos los rincones va sacudiendo como si ustedes mismos desempolvaren los floreros".

—“Las ventanas se golpean como si manos extrañas las empujaran. Esta puerta es la que más se sacude, deja escuchar el ruido de la llave y el golpe de la mano que empuja para abrirla".

SHUNCO

—"Todo esto que les platico, podrán corroborar al paso de los años, cuando la edad les conceda el privilegio de comprender los misterios de nuestra tierra".

—"Nosotros lo denominamos "Bishe" en nuestra zapoteca, que no es más que el espíritu del viento que se ocupa de reproducir durante la noche, la cotidiana tarea del hombre. Es el diablo —termina— que se burla de los humanos".

Una estrella fugaz se descuelga del cielo para esfumarse en el rostro del espacio. Y esa noche no hubo luna, para colmo de los males, y todos nos despedimos, recíprocamente, sin dirigir nuestras miradas por la sacristía del Santo de Esquipula.

VIENTO SILENCIOSO

No me lo crea, amigo lector, pero en las tierras del Istmo de Tehuantepec suceden cosas tan extrañas y misteriosas que los mismos profesionales que nos visitan, de vez en cuando, se detienen a escuchar con espasmo las narraciones que, generalmente, cuentan los deudos de las personas que fallecen.

Me acuerdo que, trabajando como maestro rural, me toca en suerte presenciar la muerte del señor Fernando Matus a quien todo el pueblo conoció en vida como uno de los primeros fundadores de la villa, llamémosle Maclovio Matus.

Mi familia y yo, acompañados de otra pariente muy cercana a mi esposa, comentábamos, una tarde, a la sombra de un chicozapote, la poca esperanza que el médico del lugar concedía al enfermo Matus de salvarse por lo avanzado del mal que aquejaba al paciente.

De repente escuchamos la caída de una piedra que golpeaba la mesa del comedor, seguido de unos pasos que se oyen en el pasillo que conduce a la recámara del tondo de la casa.

Los niños jugaban en el patio y nadie más se vio entrar a la caída de

la tarde.

¿Quién camina pesadamente en el pasillo? —Señalé.

Las dos únicas mujeres, sentadas en un catre de lona, me sujetan de las manos y no permiten que entre ni a la cocina.

Obedezco la orden pero no dejo de pensar en el aviso que suelen achacar a los moribundos que se despiden de sus familiares.

La noche se muestra tranquila a la pálida luz de una tuna que se avergüenza de las humanas supersticiones.

Amaneció como todos los días que el sol se encarga de alborotar los zanates que duermen en lo más espeso de los árboles.

Por la ventana que da a la calle que conduce al río la figura de don Modesto Matus se asoma como en sus mejores tiempos, algunos gemidos lo acompañan casi colgándose de sus pies que levantan el polvo del camino. En verdad, que a don Modesto nunca antes lo había visto abandonar su casa a muy temprana hora, pero esta vez que su hermano había fallecido se anticipó a la luz del día para despedir al hermano que tanto quiso.

—"Madrugué —asienta— para despedir a mi hermano que se había ido acompañado de la parca, ¿usted cree, señor? Hoy en la madrugada que ya casi estaba despierto, sentí que una mano me tocaba el brazo izquierdo y yo con los ojos semicerrados pregunté: ¿Quién eres? En la oscuridad se oyó la voz de mi hermano que me dijo: "Soy yo, tu hermano Fernando, ingrato, he estado enfermo desde hace unos días y tú no me has visitado, eres el único que no lo has hecho".

"—Abrí mis ojos —agrega don Modesto— para encararme con él pero sólo pude obtener como respuesta un desgarrador presentimiento que me hizo levantar de la hamaca en que dormía".

—"Mi hermano Fernando ha muerto —subraya— y de lo sucedido ya no tiene remedio".

Nos despedimos después de manifestarle mi dolor y el señor don Modesto que nunca creyó en los sueños se retiró meditabundo arrastrando pesadamente la tristeza que le provocaba la muerte de su hermano.

El otro aviso de la muerte no se hizo esperar: Sobre el sillón de una modesta peluquería que atiende el señor Maclovio Henestrosa, una tarde antes, el más pequeño de la casa observa la figura del señor Fernando al

mismo tempo que se dirige a su mamá:

—"Mi papá no está en casa y el pobre de mi abuelito lo espera sentado en el sillón que lo rasure".

—"Cállate sha, Chocalín, tu abuelito esta en la cama enfermo".

El niño insiste:—"Es mi abuelito, mamá Fina, míralo —señala— él está sentado en el sillón, ¿no lo ves?

Chocalín no mentía, pues los zapotecas, tienen la ciega creencia de que los agonizantes tienen la licencia de presentarse a los ojos de los que no conocen de pecados, y en ese caso, se encuentran los niños.

El zapoteca sabe que los que mueren a fuerza pasan a recoger sus pasos por todos los caminos por donde hayan transitado en vida.

La ocasión me dio oportunidad de recordar otro caso similar a la del señor Matus.

Con una luna llena que se despide llorosa detrás de los montes, una madrugada que Manuel Tin descansaba en una hamaca, en el corredor de su casa, por la vereda que lo lleva al río, vio venir a una mujer recién bañada que le caían gotas de agua de sus trenzas.

—"Cándida —despierta a la esposa— mira a Merenciana que regresa del rio, la pobre ha confundido, tal vez, que ya amaneció".

—"Cállate sha Manuel, debes estar viendo visiones, ¿no sabes que Merenciana está muy enferma?".

—"¿Que veo visiones! ¿Dices? Si a ella misma he visto regresar del río, pero si no quieres creer es mejor que sigas durmiendo a que me hagas enojar".

La mañana amaneció fresca al paso de unas nubes negras que se dolieron del pueblo en pleno abril cuando el ganado muere de sed.

La señora Merenciana murió en la madrugada, a la misma hora que el señor Manuel la vio regresar del río.

Y como estas anécdotas hay muchas otras que tú, amigo lector, podrás recoger de las simientes del Istmo que bien podría ayudarte a hacer pensar al más incrédulo de tus amigos.

Por ahora, te encargo la tarea de buscarlas.

¿Galán? O no galán, celebraba el inolvidable Enrique Nieto.

LOS DUENDES

Los dos eran rubios como el sol del mediodía que se bañaba en las ondas del río. Hablaban la misma lengua que nosotros coma si fueran hijos de zapotecas y, nadaban como peces, con los ojos abiertos bajo el agua. Eran, ni más ni menos, criaturas nacidas del mediodía.

Nos pusimos a jugar con ellos en la arena de la playa haciendo construcciones de la arquitectura del pueblo que se recreaba viéndonos jugar a la orilla de su río. La iglesia de Santa Cruz Tagolaba se erguía majestuosa contemplando el paso de la corriente que se arrastraba impotente frente a sus muros y como reptil aplastado se deslizaba bajo el peso del puente que mandó construir don Porfirio Díaz para juntar los barrios separados par las aguas.

El sol cada vez más fuerte nos sacudía la piel a fuetazos coma una invitación a que nos retiráramos de aquel sitio, mientras el rostro de aquellos niños se mostraba más hermoso y complaciente a nuestra vista. Nos despedimos como buenos amigos perdiéndose ellos entre los sauces y nosotros volvimos a nuestras casas.

¿Hasta qué otro día volveríamos a encontrarnos con ellos? La citó nos reunió otra vez sobre el lomo del cerro que ostenta el nombre de El Padre López. Esa mañana que desperté, el sueño se despegó de mis ojos como el ave que emprende el vuelo a la primera luz del alba: fresca y ligera.

Había que acudir a la cita con los amigos güeritos que ya nos esperaban montados sobre sendas piedras que se juntan en un beso.

—"Tú con Eliseo, como compañero, y yo, con mi hermano Celso jugaremos a las canicas como si todo fuese de a de veras".

No me explico cómo supieron nuestros nombres ni cómo nos atrevimos a llegar hasta aquel sitio, pero el caso es que nos hablaban con tanta familiaridad como si nos hubiéramos conocido muchos años atrás.

Se dejaron ganar los tres partidos iniciales hasta sentir mis bolsas bailar de gusto con todas aquellas canicas multicolores.

El cerro bostezaba calor que quemaba a lumbre.

Nos despedimos como buenos amigos y otra vez concertamos una nueva cita para encontrarnos en otro sitio no determinado, los niños rubios se perdieron entre las piedras que esconden a Guichivere mientras

nosotros bajamos rodando por el pasillo de San Antonio para llegar a San Blas bajo un sol más quemante.

El sábado que ya no fui a la escuela, porque los maestros también descansaban, me salí de la casa a muy temprana hora para encontrarme con Eliseo que ya me esperaba a la salida del pueblo; me sonrió como de costumbre y de sus labios descolgó una expresión que mucho me alegró: —"Hoy nos toca ir a comer pitahaya" y apenas si pisamos la cintura del monte aparecieron los güeritos a nuestra vista contemplando el sol que escalaba el cenit para derramar con más fuerza el calor sobre nuestras cabezas. Nos llevaron de las manos por el camino más corto y en un parpadeo nos hallamos en pleno corazón del pitahayal que sirve de cordón umbilical a San Blas Atempa con Santa Rosa.

Perdidos no estábamos, pero sí, desorientados.

Comimos pitahaya a placer y daba gusto ver a los niños descolgar la fruta sin espinarse las manos, nos las ofrecían ya desnudas de medio cuerpo y mientras más avanzaba el sol menos dichosos se mostraban a nuestra presencia. Jugamos un largo rato hasta que uno de ellos miró el sol que a esa hora descendía lloroso detrás de los montes; se llevó las manos a los ojos untándose, no se qué bálsamo, que los párpados se cerraron para quedar dormido. Nos despedimos de Rafael que ya también se mostraba fatigado, y sin agregar más a la melancolía que ya nos invadía los corazones, emprendimos el retorno por la vereda que abraza la cintura del rancho de San Blas.

La tarde agonizaba pesarosa con lágrimas en los ojos que inundaba el aire que nos envolvía de pies a cabeza, de pronto, nos vimos otra vez perdidos en el monte y en lo más intrincado; nos pusimos a llorar como la tórtola gime en medio de la soledad del bosque, luego vimos sobre nuestras cabezas una nube de murciélagos que cubrió completamente el rostro del cielo, el camino que trazaban abrió la luz de nuestro entendimiento, el oriente se dejó sentir a nuestras espaldas y sin mirar hada atrás corrimos como desesperados por el camino más recto saltando espinas y cercos.

La noche se hizo más negra y espesa.

Caminamos con la fatiga colgada de los pies y después de una larga jornada escuchamos el aleteo de un corre-camino que se entregó a la tarea de señalar el paso que nos conduciría al pueblo. Cumplida su

misión, el noble pájaro rasgó el manto de la noche que se tejía de hilos del mismo silencio que se respiraba en aquella hora de dolor y tristeza. La Luna, más hermosa que otras noches mostró su cabellera rubia detrás de los montes y las estrellas que se multiplicaban sobre el rostro del cielo se entregaron una por una a nuestro paso.

Fue la noche más pesada y oscuramente espesa que yo haya vivido en unas cuantas horas. Encontré a mis papás más preocupados que de costumbre y a cambio de una merecida reprensión me sorprendió su dulce voz que se instaló en medio de la casa:

—"¡Bendito sea Dios!, hijo, que has regresado con bien de tu atrevida aventura; tuvimos fe que volverías a salvo de una mala tentación que nunca falta en los montes". Y como si hubiera adivinado mis pensamientos se adelantó a recomendarme: Procura no quedarte al mediodía en el corazón de los montes, a esa hora el demonio sale a jugar con los niños de tu edad para entretenerlos mientras baja el sol a dormir en el regazo de la noche; si tanto te gustan las pitahayas, es preferible que las compremos en el mercado pero, menos a que te expongas a los caprichos de los duendes, ellos no se pierden pero, en cambio, desorientan a sus amigos con el propósito de tenerlos siempre a su lado, son criaturas muy nobles pero mucho cuidado con entregarles el corazón".

No volví a saber de ellos después de aquella suave reprensión que mi papá entregó a mi corazón, hasta más tarde descubrí en la lengua zapoteca que los conocen con el nombre de Binidzi, despedacé el vocablo y voy encontrando a las mismas criaturas en Bini que quiere decir gente, niño, y "dzi", día; los volví a juntar y me resultaron "Niños que juegan en el día".

LA XTABAY ZAPOTECA

Habitualmente nos reuníamos al calor de la iglesia en cuanto el sol, se perdía detrás de las montañas, de ocho a diez niños de mi edad rodeábamos al shuana una vez que él cumplía con sus deberes de ofrecer el aroma del incienso a los cantos de la iglesia. Sobre un largo banco se instalaba parsimonioso para ofrecernos sus relatos que inundaba nuestras

mentales infantiles de tantas y tantas apariciones o el cuento de la vecina que suele esperar las noches de luna para convertirse en nahuál.

—"La otra noche —nos decía— me quedé a cuidar mis sandías en el terreno que tengo a las orillas del pueblo; y ¿que creen que sucedió? Una mujer muy hermosa, vestida como nuestras mujeres, con la trenza que le colgaba hasta la cintura, se presentó a la media noche cuando la luna ya se había sentado sobre mi cabeza; aquella mujer tan bonita, me habló en una lengua tan divina que sus palabras parecía que rodaban del resplandor de la luna. Me convenció que le regalara una red de sandías a cambio de unos panes que me entregó en una canasta. Yo mismo acomodé la carga sobre una yegua alazana que ella montaba, ¡Nunca en mi vida había visto mujer tan bella como la que esa noche se me presentó! Me pareció la misma luna que sonreía cariñosa y tierna desde el infinito. La acompañé hasta dejarla en los labios del camino; ofreció volver cada luna llena y, yo creo, ciegamente, que volverá pronto, una extraña sensación abandonó en mis arterias. Yo creo en ella, pues es hija de la noche o tal vez de la luna llena. ¿No ven ustedes, cómo nos sonríe la luna que se asoma sobre los tejados? La edad no les permite encontrarse con ella a esas horas de la noche, pero sí, tendrán la oportunidad de conocer a otras que recorren las calles del pueblo en busca del ingenuo que las persigue, como manadas de perros detrás de la hembra, esas sí, son más peligrosas, ¿no conocen el caso de aquel joven que se volvió loco, de la noche a la mañana? Pues ya ven que ni llevándolo al río lograron sacudirle el mal que le entró hasta el cerebro. Si ustedes recuerdan, lo amarraron de un mecate para arrojarlo al agua y ni ahogándolo entre muchos hombres consiguieron su propósito. El muchacho podrá recuperar el sentido al paso de los años, pero recuerden que sólo será esporádico que la mujer lo abandone. Ella volverá cada luna tierna para divertirse de su locura. Esa misma mujer aparece en otros pueblos, a la misma hora y con el mismo propósito.

"Par ahora se pueden retirar a sus casas —ordenaba— mañana les contaré algo de apariciones que también comprobarán al paso de los años, y el shuana, ya un anciano, sacaba de la bolsa de su pantalón una enorme llave con la que dejaba bien cerrados los santos del templo.

Cuando ya pude asomarme a la lengua castellana, un día, perdiéndome en la literatura maya me encontré casualmente con los

personajes en un libro de Antonio Médiz Bolio, que recomiendo mucho a los de mi generación lean con todo detenimiento y a ver si ellas mismas son las que recorren las tierras del Istmo, él, Médiz Bolio, las conoce con el nombre de Xtabay en "La Tierra del Faisán y el Venado".

¿No será que estas mujeres istmeñas son las que recorren la península de Yucatán?

Me conformo con llamarlas, La Xtabay zapoteca.

EL ESPÍRITU ZAPOTECA

La lengua del fuego se retorció sacudida suavemente por un vientecillo que se agachó al entrar por debajo de la puerta hasta llegar a la cocina. Mi mamá, ya algo anciana, se acomodó en una "perezosa" para explicar:

—"Hay tanta fe en la afirmación de nuestros abuelos zapotecas que esa llama que se revuelca en plena cara de la cocina, anuncia que hoy tendremos "biusa", huésped en la casa".

El perro se puso boca arriba con las patas hacia el rostro de la enramada.

Mi madre que no apartaba la vista de esta otra señal aprovechó el silencio que quedó prensado en nuestros labios para sentenciar:

—"Ahora sí que está mejor, ese perro presagia la muerte de algún familiar".

Dicho y hecho, transcurrida una hora después, mi tía Juventina López se asoma por el rostro de la calle de abajo, acompañada del señor Francisco Valencia, su marido, un hombre muy alto y muy decente hasta en el mirar.

Se detienen frente a la casa a saludar y de paso entrega ella unas manzanas a mi hermana Jovita.

"Pancho ya está libre, cuñada Cali —se dirige a mi mamá— esta misma mañana abandonó la cárcel absuelto de la calumnia que le imputaron sus enemigos".

Mi papá se presentó horas después, sonriente como de costumbre pero ni así nos pudo engañar: Sus ojos denunciaban su vergüenza y más de una vez se le asomaron las lágrimas por la pendiente donde sus dos

niñas se bañaban. Abandonó la cárcel mas no así la pena que lo acompañaba.

Mi mamá, como siempre lo fue en vida, ocultó la pena debajo de sus enaguas y para devolver la tranquilidad a mi progenitor, se levantó de la perezosa a explicar:

—“Le decía a mis hijos, Pancho, que el sollozo de la llama que se revolcaba, aquí en la cocina, nos anunciaba huésped, visita, y el perro que se acostó boca arriba nos trae la señal de la muerte de algún familiar o amigo. Me alegra que otra vez ya estés con nosotros ahora que más te necesitamos y ojalá ya entiendas que tú no eres para la política del pueblo”.

El can se acomodó a los pies de mi papá y la lumbre que tembló, hacía un rato, brilló intensamente hasta herir nuestros ojos.

Por la tarde moría el sol detrás de los montes, llevándose en el hombro de su crepúsculo el alma de mi tía Constanca López por la senda que conduce al camino del "Yobá" zapoteca, que quiere decir "La casa del cielo".

Las señales, de las que hablo, son tan conocidas en los pueblos zapotecas que no hay niño indígena que no las sepa interpretar, tan comunes resultan esos conocimientos que yo invito a usted, amigo lector, a darse una vuelta por las misteriosas tierras del Istmo de Tehuantepec, allá podrá constatar estos presagios y que, además de estos privilegios que eleva a la raza zapoteca a las alturas, ellos también saben leer el movimiento de los astros, tan es así que no ignoran la transmisión del espíritu.

Dicen que el cuerpo muere pero el espíritu vuela en el mismo instante al "Yobá", allá donde todos vamos a dar. Dios nos espera paciente mientras un perro nos transporta del otro lado de un caudaloso río, y si algo olvidamos en la tierra, él mismo nos concede la gracia de regresar a pedírselo a los deudos; hay quienes regresan por un bistec o por un vaso de agua que no tomaron a tiempo o simplemente una ropa o unos huaraches que ambicionaron en vida. Algunos más, no retornan, y en consecuencia, penan en la tierra hasta que los familiares ofrecen una misa al santo que ellos se la debieron en promesa. A muchos los han devuelto por olvidadizos que deben morir en una determinada edad y así se han visto casos de personas que después de dos días de muertos

regresan a explicar: Me encontré con fulano que ya hace muchos años que murió, amarrado a un árbol, me pidió de favor avise a sus hijos que debe una misa al santo... y como esos recados tan extraños, otros repiten que el perro que los espera en la playa no los quiso transportar porque nunca les gustó tener un animal en la tierra.

La gloria existe, afirman, el infierno, también, y es por eso que cuando ellos sentencian: "Guyé gabiá" quiere decir que nos mandan al infierno.

Escoja usted el sitio que más le guste.

Y si le dicen: "Guyé Gunda Gabiá" significa que lo mandan a estudiar más allá del cielo que es el infierno, al diablo, en una palabra.

No saben de la Divina Comedia ¡Qué va! Nunca la han leído pero conocen más que el mismo Dante Alighieri: La atmósfera, dicen es el piso sobre el que se edifica la Casa del Cielo, el Yobá, donde van a parar todos los que mueren. No hay, eso sí, purgatorio, sólo existe el infierno y la gloria.

Gabiá es el infierno y Yobá la gloria, exclusivamente para los niños que no conocen de pecado.

¿A dónde iremos a parar?

Escoge.

SUPERSTICIÓN

No es nada extraño que la abuela zapoteca se plante a media casa para impedir: —"Chauí badu, (cuidado, hija), la riqueza de la casa se va de ella si la barres de noche". La superstición tiene tan hondas raíces en el ser del zapoteca que todo aquél que desobedece o ignora la costumbre ancestral la riqueza se le esfuma como el mismo polvo que se levanta, de mala gana, al paso de una escoba, y es que, el aborigen tiene la ciega creencia que los espíritus sacros se revuelven con el polvo del piso que duerme en la casa para resguardar la fortuna que no escape de la familia.

En cambio; los que han sabido respetar a tiempo los ritos de nuestros antepasados, se les ha visto amasar una cuantiosa fortuna o sus hijos se convierten en prósperos comerciantes o dueños de ranchos.

Barrer la casa por las noches es una sacrílega osadía contra la costumbre de nuestros abuelos zapotecas; el diablo, para ellos, sólo vive acechando la primera oportunidad para instalarse cómodamente el sillón de la casa, o si no, que se observe la imagen de Satán a su entrada por las calles del pueblo que se anuncia con un remolino de polvo que como ofidio se revuelve en espiral y como escupiendo el rostro del cielo. Los zapotecas lo conocemos con el nombre de "Biduno" que significa, Viento que encubre al demonio.

—"Es el diablo". Señalan con el índice de la diestra en cuanto observan que un suave viento revuelve la tierra que se pone de pie sobre un mismo sitio durante varios minutos. En noviembre o en primavera da lo mismo que en cualquier época del año que el demonio se encolerice contra la conducta del hombre que lo niega a reposar en su corazón.

Pobre del perro que es sorprendido a media calle, cualquier hora del día, sobre sus patas traseras, el pobre can se acomoda para aullar desesperado al paso de Satán que se burla de su impotencia. Yo los he visto, muchas veces, correr desesperados de un lado a otro y con una mano limpiarse la mucosidad de los ojos, y es que, el zapoteca sabe con certeza que el pobre animal tiene la desgracia de que con la lagaña descubre al demonio que entra al pueblo envuelto en los remolinos de polvo que levanta a su paso.

Si usted, amigo lector, es dueño de un perro, tenga la seguridad que él le anunciará siempre la entrada del diablo que buscará ocasionarle una mala pena, o si le escucha aullidos que se revuelven con el llanto, confíe que se trata de un mal augurio que se cierne sobre la familia ausente y aunque la queja del mísero canino le provoque remordimientos, no se prive de él; cuídelo como sus propios ojos, es el mejor amigo que lo librá de la desgracia.

El gato es también enemigo de las visiones que aparecen con frecuencia antes de la muerte de un aborigen, eso sí, nadie cree ciegamente que el espíritu del difunto en tan corto tiempo aparezca a la vista del pueblo, todos aciertan al afirmar:—"Es el diablo que nos quiere engañar. En tan poquito tiempo que ya se nos aparezca el finado. Se preguntan ¿Si apenas el pobre va en camino al cielo a encontrarse con Dios si le perdona o no, sus pecados? Y tan pronto que ya haya vuelto? ¡Ya ni los diablos!, —reprueban—, a ver si te vas mucho muy lejos del

infierno "Binidxava", guyé gabiá" (regresa a tu infierno, maldito). Y con esa admonición el demonio desaparece, y sólo se llega a creer en la verdadera aparición una vez que el difunto haya cumplido los cuarenta días de muerto, antes no, rotundamente.

El perro, en este caso, donde quiera que se encuentre dormitando, se levanta intempestivamente de su lecho para anunciar con su llanto la presencia del amo que regresa a su hogar envuelto en la capa negra de la noche que se presta a encubrirlo, y el pobre can, después de ahogar su llanto gustosamente

acompaña hasta entregarlo a la puerta de sus deudos que en ese instante se entregan al rezo, y en cuanto él ve que se retiran los vecinos y familiares con un movimiento incesante de su cola lo despide y lo va siguiendo por toda la calle y no llora hasta perderlo por el camino del panteón.

El gato, otro aliado de la raza zapoteca, anuncia también la desgracia o la muerte de la familia, maúlla como niño con hambre y se pasta solitario por el sitio exacto donde duermen los dueños de la casa, y esto sucede siempre, después de la medianoche y generalmente cuando se trata de una pena transitoria, pero, mucho cuidado, que estos animalejos se presentan en pareja o en grupos porque entonces, sí, la muerte acecha sigilosa.

¿Cuántas veces no ha sido un gato el que transmita la muerte anticipada de un pariente?

Si es un gato pardo, el maleficio se torna pasajero, pero si es un gato negro, el llanto del felino se cuelga como crespón del techo de la casa.

Yo prefiero quedarme en casa después de una mala noche que me hacen pasar los gatos negros o pardos.

¿Usted qué prefiere?

Más de una vez me he sentido cerca de la muerte y sólo quedándome guardadito en casa la he esquivado.

Si su perro se acuesta boca arriba con las patitas hacia el cielo es también, otra señal de la muerte.

LA MARCHITA VERGÜENZA

Los días del enfermo se desgranaban copiosamente como las semillas del ajonjolí que caen al paso de los primeros vientos de otoño.

El pulso se agitaba de vergüenza y por ratos, se marchitaba; los ojos recorrían azorados por toda la estancia, subían y bajaban del techo como cazan los murciélagos.

— ¡Ah, qué diablos para ser mis compañeros! —Exclamaba el brujo, después de oprimir el pulso del enfermo y mirarle los ojos—, esto sí que ya es una desgracia para un hijo de familia tan decente como tú, pero, vaya, ya te tocaba y ni modo. Pero si tú hubieras adelantado tus pasos sin anunciarte; ellos serían los sorprendidos y no tú que ahora sufres las consecuencias. Unas palmaditas a los hombros del pequeño y la despide para llamar a la mamá a solas.

—"Mira, Quela, —reprocha—, el chiquillo sorprendido infraganti a una pareja de enamorados, vecinos y muy amigos de la familia, tú debes saber quiénes son pero, recomiendo que nada se oculte al oído del pueblo que debe saber la verdad para que el pequeño se salve de la burla de sus amiguitos; mañana temprano, antes que el sol sonría por el oriente, llévalo a los huertos para que allá abrace siete plantas de plátano durante siete días consecutivos y que, a la orilla del río haga siete pocitos como tantos días tiene la semana, y si después de cumplir con lo que ordeno, la vergüenza no le sonrío, entonces, que recorra las calles montado en un burro y que vaya contando a todo el mundo lo que vio que hacían sus vecinos, y si, después de los siete días la vergüenza no despierta de su lecho, pues que siga él recorriendo las calles y que esta vez grite en voz muy alta los nombres de esos sinvergüenzas".

Claro que no se trataba de zaherir la dignidad de nadie, ni mucho menos ofender a una pareja que se encontraba en plena luna de miel, se buscaba, más que todo, de salvar la villa de un niño cuya vergüenza se había marchitado en su cuerpo.

El chiquillo recorrió las calles montado en un borrico por demás dócil y obediente; la cola de la pobre bestia arrastraba la vergüenza marchita que se bañaba de polvo seguida de una columna de niños que repetían en coro lo que escuchaban de Panchito.

Siete días continuos visitó los huertos para abrazar con efusivo cariño los siete palos de plátanos, siete días tomó agua de cada uno de los siete pocitos que abrió en los labios del río.

La corriente escuchó sus quejas y sobre sus ondas arrastró las penas hasta depositarlas en el lecho de la mar.

Los niños de su edad grabaron en su mente la imagen de aquella penuria que paseó por las calles del pueblo y por los huertos que tienen su lenguaje propio; escucharon el rumor del río que les habló en zapoteco: —"Tengan tantita vergüenza y muchachitos, acuérdense que también se marchitará si no la saben cuidar". Como que eso significa la expresión "GUIDXA STUI" o "DXIBI GUIDXA".

Los niños corrieron a gritarlo por todas las calles y de paso se agachaban a recoger la vergüenza que cayó de la cola del jumento, regresaron a la casa del amigo caído llevándole la hoja fresca del plátano con la que lo cubrieron de pies a cabeza y con un cuarto de anisado le rociaron el cuerpo hasta lograr que la vergüenza despertara sonriente.

Ta León Gon, siempre modesto, se mesó los cabellos del gusto que le provocó la noticia que su paciente recuperó la salud en los siete días señalados por él desde un rincón de su casa.

Desde ese día se sintió más obligado a observar el movimiento de las estrellas, predijo los eclipses y sus consecuencias y leyó el silencioso lenguaje del vuelo del búho de quien nunca se apartó, habló con los muertos en pena y predijo los temblores, y más de una vez atrajo la intensidad de las miradas para conocer sus mensajes, fue en fin, un psiquiatra. Curó a los enfermos mentales y sanó a los cardiacos.

Vestido siempre a la usanza del pueblo recorrió las calles del pueblo: Calzón de manta con camisa blanca, huaraches pies de gallo con sombrero veinticuatro.

Fue más modesto que Nino, su maestro, y nunca proclamó como aquél, que era aliado del diablo.

Murió como todo ser cristiano y ahora descansa en una humilde fosa muy lejos del amo pero orgulloso de haber sido el primero y último discípulo del brujo.

LA SIBILA MARIANA

Caí como gato que se burla del vacío, las galerías se desplomaron vencidas más por las aguas que por el mismo peso de la gente que ahí se acomodó para presenciar un partido de beisbol; de mis pies sentí que una vaga sensación escalaba los muros de mi estómago; los ojos se me nublaron lentamente hasta perder totalmente la visualidad; caí parado como el plomo que pende de un hilo y el vacío, quizá, me produjo un vértigo mientras escuchaba el delirio de la multitud que celebraba la hazaña de unos cuantos indígenas que integraban el equipo istmeño que remontaba un marcador adverso, Rubén Gallegos, el héroe de la tercera almohadilla y YEYO NEGRO el ídolo que arrasaba a toda una pléyade de estrellas de la ciudad de Oaxaca. Un pitcher como Aurelio Villalobos no nace en todas partes y de la magnitud que ese día brilló me hizo pensar en un gigante descendiente de los vinigulaza zapoteca, único en el montículo para lanzar bolas de fuego y que nunca aceptaba separarse de un paliacate rojo vivo que le abrazaba el cuello y, el día que lo obligaron a deshacerse de él, el maleficio se tornó en derrota de su equipo frente a Nanchital, Veracruz.

El Águila Azteca, de San Blas Atempa, devoraba la selección de la ciudad y hasta los mismos partidarios de la novena citadina despedazaban la palma de sus manos para aplaudir hasta el delirio al adversario que arrollaba a Oaxaca, Yeyo Negro parecía esculpido en bronce sobre el montículo de las serpentina y mientras más se le aclamaba su figura broncea crecía como el mismo gigante que lo contemplaba desde El Fortín, el Indio de Guelatao.

No puedo explicarme hasta la fecha la razón que me sostuvo de pie para continuar escuchando los alaridos de la multitud que se embriagaba de emoción; mis ojos empañados como el cielo que se venda el rostro de nubes negras antes de llorar, resistí como los hombres la extraña sensación que subía las escaleras que conducen a mi cerebro; alguien me sacudió de los hombros y aquel temblor de mis músculos, yo creo, me revolvió el estómago que devolvió de inmediato mi almuerzo. Hasta por la nariz bajaron corriendo las enchiladas que una hora antes había comido en el mercado de Oaxaca, pero lo que es la divina juventud, de

pie y con los ojos inundados de lágrimas seguí los pasos del juego y alentando a mis paisanos que ese día se cubrieron de gloria como en aquellos años de la intervención Francesa, los zapotecas de San Blas sepultaron en la fosa del tiempo la mezquina ambición de un extranjero.

A la salida estreché las manos de dos enormes gigantes de esa fecha: Rubén Gallegos y Aurelio Villalobos. El estadio había enmudecido, no tanto por la derrota del equipo ciudadano, sino por aquella revelación de unos indígenas con huaraches que honraron su origen. Transcurrieron algunas horas y aquella gente se arremolinaba alrededor de sus ídolos a quienes sujetaban de un brazo o de los uniformes, ese día la locura rayó hasta el delirio de pasear a los héroes por las calles de la ciudad.

Por la tarde yo ya no los pude acompañar para admirar al juchiteco Casta que brilló en el montículo como todo un señor de las serpentinas de humo, y Zapata, más grande y más veloz que una gacela atrapó lo increíble para sepultar definitivamente los restos de una selección que se mostró impotente a la ráfaga de luminosas estrellas del beisbol en el Istmo. Los vi jugar imaginariamente como en la mañana de ese día que el firmamento oaxaqueño brilló intensamente, mientras mis ojos se nublaban ¿o no será que la Virgen de la Soledad de Oaxaca me privó de la luz que iluminaría el corazón que saltaba de alegría?

Caí enfermo al poco tiempo, víctima de un mal que me obligaría finalmente a abandonar mis exámenes de fin de curso. Daniel León y Eustolio Martínez Mota me cargaron de las aulas y a base de suero el médico que me atendió me hizo ver la luz de la esperanza, ¿pues cómo iba a aceptar morir lejos de mis padres y de mis hermanos? El camino sinuoso de Oaxaca a San Blas Atempa se acortó en unas cuantas horas.

Ya en Tehuantepec el doctor Salazar me recetó unas medicinas que no lograron devolver el color de mi rostro, al contrario, mis músculos se abrazaron fuertemente a mis huesos hasta dejarme hecho un cadáver.

¿Por qué dirían mis vecinos que yo ya estaba tísico? Me vi en el espejo y no miré más que un fantasma que me mostraba el vacío de sus ojos.

Mis amigos de infancia se me acercaban con cierto recelo y la novia que tanto me quiso, sola ella, me entregó sus labios sin denotar el menor asco.

¿Por qué dirían que yo ya estaba tísico?

La interrogación se me clavaba en el pecho como un vil puñal que se hunde perforando la única salida de la existencia.

Mis papás se preocuparon hasta encontrar a la persona que me curaría del terrible mal que ni la misma ciencia había logrado detener su avance, no estaba tísico, pero sí, empezaba ya a dar un paso hacia el pozo de la tuberculosis o que es lo mismo, todos me veían sentado ya en los labios del sepulcro.

Ella; una anciana ya, pero de esas auténticas zapotecas que leen los brincos del pulso, me dijo: "Tú no sufres más que de un susto que enfrió la sangre de tus venas. Acompañabas la multitud que rugía delirante en un estadio y de repente, la madera que sostenía el peso de la gente se dobló hasta derrumbarse como vil gusano aplastado por un pie. Perdiste la vista pero tus oídos se aguzaron más para disfrutar la alegría que a todos se entregaba".

Me sobó los brazos, las piernas, y al querer pasar las manos a mis espaldas se detuvo a explicarme: "Aquí está escondido el ingrato mal que ha querido ya intentar subir al cerebro, pero con estas hojas de cordoncillo y lo fresco del anisado lograremos derribarlo de tu cuello".

Increpó de terribles denuestos al susto que tuviera el valor de salir de su escondite: "Hay que ser hombre —reprende— sólo los cobardes buscan orillarse a la sombra de una sangre que los alimente. ¿Y por qué te has escondido como vil hipócrita?"

Dijo tantas cosas más mientras me bañaba de la sagrada hoja de cordoncillo y me bañaba el cuerpo de anisado.

La viejecita ya no vive para leer sus prodigios que ahora escribo pero, en el pueblo se las encuentra curando a los niños y personas mayores que no ven la necesidad de recurrir al médico, son muchas, y hasta resulta imposible hacer una relación de sus nombres, pero ellas viven en todos los rincones del Istmo curando a los enfermos ya desahuciados.

¿Qué misterios conocerá el indio zapoteca que cura sin pasar antes por una Universidad?

Hasta ahora me pregunto, si yo no conté nada de lo que a mi me sucedió en Oaxaca, ¿Quién pudo haberle comunicado a la abuelita toda la raíz de mi mal?

Que en paz descanse la sibila, tía Mariana.

LA CODORNIZ

Su nombre en zapoteco es "VERE XUNAXI", gallina sagrada en la lengua de Cervantes.

Cuentan los zapotecas de una familia campesina que el papá salió por leña al monte, le picó una víbora de cascabel y a los pocos días murió el señor.

La mamá pegada día y noche del metate lloró la muerte del marido y por más que se esforzaba en ocultar a sus hijos el dolor, uno de ellos, el más pequeño, le descubrió las lágrimas que se resistían asomarse:

—"Mi papá anda caminando en tus ojos —la asegura— y aunque digas que él está muerto, no nos abandona porque sabe que necesitamos de él".

Desde ese día la madre lloró por dentro, a colas platicó con el marido.

Los hijos la notaron enferma, débil y sin aliento. La rogaron que abandonara el metate y que una de sus hermanitas los atendería pero, por más súplicas que entregaron, el dolor de la muerte del compañero la fue minando.

El mayor intervino: "Tenemos gallinas, guajolotes, patos, ¿Algo en especial deseas comer, mamacita?

—La gallina que comió la virgen —pidió ella.

El hijo salió al monte en busca de la codorniz. Las halló en un terreno recogiendo semillas. No se dejaron agarrar por más que corrió detrás de ellas.

Regresó todo desconsolado a su casa y con la fatiga en los ojos de tanto caminar confesó a su mamá la verdad:

—"Por más que quise traer lo que me pediste, las gallinas no se dejaron agarrar".

Otra vez el papá se asomó a los ojos de ella, lloró, lloró hasta la entrada de la noche, y cuando ya la luz de la esperanza iluminó su rostro, llamó a su hijo a solas y le aconsejó:

—Quiero que al morir te encargues de cuidar a tus hermanitos que todavía no pueden defenderse. Nunca los abandones. El ejemplo lo tienes en la codorniz que no se dejó atrapar.

SHUNCO

La madre cerró los ojos para no abrirlos más.

Los huérfanos no se separaron. La muerte de la madre los unió como las codornices que viven de la semilla que abandona el hombre de la cosecha.

Nunca se separan porque viven atadas de la sombra de la madre y si no se dejan atrapar es porque sólo sirvieron de carne a la virgen.

LOS DOS AMIGOS

Dios los puso en el mismo camino a peregrinar, el hombre pobre y el rico. Se hicieron tan buenos amigos que los dos se confiaban sus secretos.

En uno de tantos días que el pobre salió al campo por leña, le tocó en suerte encontrarse a los duendes jugando entre las frondas de los árboles.

—Lunes, martes, miércoles, jueves —repetían y todos saltaban de gusto bailando y jugando a la ronda.

Para ellos que la semana contaba con cuatro días.

El hombre pobre se sentó a escucharlos pero sin que ellos se dieran cuenta: Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, —repetióse por dentro.

Se agarraban de las manos los duendes y sin cesar repetían lo mismo.

El hombre pobre no resistió la tentación de enseñarles que la semana cuenta con siete días, pero antes de dar un paso, se guardó para sí el domingo.

—Están equivocados —les dice—, yo les enseñaré que la semana tiene un día más.

Los duendes dudaron de las palabras del hombre pobre y sin interrumpir la danza siguieron repitiendo: Lunes, martes, miércoles, jueves.

—¿Qué no me van a creer? —Les preguntó. Aquéllos siguieron bailando su ritmo de la semana.

—Pues si no quieren que les enseñe —les repitió—, regreso a mi casa con ese otro día que no les voy a entregar.

Interrumpieron su danza para preguntarle.

Despegó él sus labios escapándole el viernes.

Los duendes bailaron de gusto repitiendo: Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes.

—Ya me voy —les dijo— y conste que el viernes se les, pegó solo.

Los duendes le creyeron y sin dejar de bailar le preguntaron ¿Y cuál es el otro?

El sábado, dejó caer.

"Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado" —Cantaron sin interrumpir el baile.

Uno de los duendes le jaló de las manos para que se uniera al grupo.

Bailaron sobre el día que se quemaba y luego que el sol se les colgó de los hombros, interrumpieron su fiesta.

—Ahora te cargaremos de oro —le prometieron. Y todos en conjunto le cargaron de dinero, pero mucho dinero y en vez de leña cargaron su carreta de costales de oro. Lo despidieron a la caída de la tarde y con un montón de zacate que pusieron sobre la carreta ocultaron todo el oro del mundo.

El hombre pobre feliz regresó a su casa ocultando su carreta de la vista de los vecinos.

Nadie vio la carreta que entró al pueblo cargada de oro.

A los pocos días, sobre la calle del pueblo se levantó un edificio de dos pisos con jardín sobre la terraza.

El hombre rico, aquél que nunca salló al campo, le entró la curiosidad que le quemó de envidia.

—Oye, amigo —le dice—, te conocí muy pobre y de mi casa nunca saliste con las manos vacías, ¿Quieres decirme cómo le hiciste para hacerte rico de la noche a la mañana?

El hombre pobre no pudo callar el secreto —porque así debe hacerse con el amigo.

—Yo, —le confesó— tuve la suerte de encontrar a unos duendes que jugaban a la semana a medio monte. Les dije que la semana tiene seis días y ellos me creyeron.

El hombre rico sintió el deseo de aumentar su fortuna.

¿Y no les dijiste que la semana también tiene su domingo?

—Me lo guardé para una nueva oportunidad —le respondió.

Toda esa noche no durmió el hombre rico, la envidia le despegó sus ojos a muy temprana hora.

SHUNCO

Repasó las señales que le indicó su amigo y sin esperar que amaneciera buscó camino al monte.

A las diez de la mañana se reunieron los duendes a jugar.

"Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado", repetían saltando de gusto.

Indeciso todavía el hombre rico se les acercó diciéndoles que él podía entregarles el otro día que no sabían de la semana completa.

Aquéllos se rieron de su indecisión, lo empujaron entre todos hasta derribarlo y sobre su cuerpo bailaron.

— ¿Que le semana tiene otro día? Vaya con éste —se dijeron entre sí y agarrándose todos de las manos saltaron sobre sus hombros hasta levantarle una joroba en la espalda.

—Que eso te lleves de regalo, envidioso —le sentenciaron.

El pobre hombre regresó desconsolado al pueblo encontrando a su amigo sentado en la banqueta de su casa. Le dolió tanto a aquél verlo convertido en "chumpia" (jorobado) que se acercó a preguntarle:

— ¿Y ahora qué tienes?

—Por envidioso —le respondió—, yo creí hacer un bien, les dije que yo les daría el domingo, pero me falló la trampa.

—No te preocupes, amigo —le respondió para consolarlo —yo te ayudaré como tú lo hiciste conmigo de pobre. La fortuna es humo, cuando menos se piensa se esfuma.

Por eso es que el istmeño gasta su fortuna a manos llenas brindando hospitalidad a todo aquel que le busque. Tiende mano a ricos y pobres y nunca olvida que surge de la nada.

ENTRE FRONDAS

—Nos tapamos con el cielo para guarecernos de la lluvia explicaba el armadillo. Las estrellas de sus ojos y la luna reflejada en sus miradas nos iluminaron.

El sol que aún no despertaba le oyó: ¡Qué tonto! —dijo—. Entre tanto bosque, una laguna al lado y un mar muy cerca, ¿cómo es que se asustan de la noche?

La aurora hizo lo mismo. Pero qué ingrato —se lamentó—. A la flor de laguna no se le abandona; yo no lo haría ni que la tempestad me tirara de los cabellos.

El desdentado acarició la flor de la laguna que dormía llorando, (Mudubina en la región zapoteca: Mudu-botón; bina-lloró).

—Ni cerca, señor —le reprochó el picaflor—, ¡qué tienen que ver tus deseos con la divina quietud de la Mudubina? La blancura de sus pétalos es la belleza de su alma; su silencio, la castidad que la envuelve. Ella no necesita de tu protección ni de tu auxilio, además, ella duerme en el día y así lo prefiere ser tentada por la luz, ¿qué tienes que robarle su dulce sueño?

Sonrió el picaflor al tiempo que hundía su mirada en la vanidad del armadillo: Vanidoso —le reprochó—. Tú no eres para la flor más bella; no la toques porque la manchas; déjala vivir en paz.

El armadillo se enconcha alejándose pesadamente entre las frondas. Cava una fosa con la ayuda de sus uñas y, como el gato, allí sepultó para siempre su tristeza.

Desde ese día quedó establecido, entre los hombres y entre los animales, el respeto a lo bello, a lo hermoso, "que cada quien con su cada cual".

EL CLAVEL Y LA ROSA

El clavel, una flor en un principio blanco como el jazmín, hermoso como un lirio, tuvo también la osadía de enamorarse de la rosa.

Como todas las flores en el amor amanece el clavel toda llena de gracia y encanto, toda bondad y modestia. Las aves la visitan, la halagan como la luna en una sonrisa o como la aurora con una caricia.

Un día, unidos en el huerto, se hablan sus cuitas la pareja de enamorados y en el prolongado beso ella le interrumpe:

—Clavel —le confiesa la rosa—, ¿tú crees en la caída de la tarde?

—Los humanos, tal vez, ¿y nosotros de qué?

—Entonces, ¿de qué corazón me hablas?

—El corazón, dices, que ya ni es mío.

—Te lo devuelvo si quieres, ¿a qué amor habrá de atenerse?

Él la quiso abrazar, estrecharla durante todo el día y la noche. La rosa, fugaz como la mariposa, cerró los ojos para no abrirlos jamás.

La tarde ignoró la tragedia, abriéndose paso a la noche se dejó caer. Lloró el clavel su dolor durante toda la noche y las lágrimas que rodaron de sus ojos las secó con el cuerpo bañándose de tinte rojo y con la mano que se tocó el pecho tiñó de rosa la cabellera.

Así se unieron a la muerte el clavel y la rosa, el vestido de rojo como el corazón, y ella, la rosa, lo acompaña en su dolor por una sonrisa que ella le negó.

TESEO ZAPOTECA

El pueblo lo recibe con vítores, aplausos, cohetes tronando al aire, con dianas de la banda de música y un latir de corazones que saltan de gusto.

—Que baje al corral —exigen—. Y el semidiós accede gustoso.

Se hizo tradición que Andrés Gallegos prolongara las fiestas patrias en el pueblo con ese entusiasmo delirante y, más de una vez, lo pasearon en hombros después de su hazaña. Eso sí, nunca se sintió un ídolo de la multitud que lo aclamaba, al contrario, se confundía con el campesino que le tocaba para convencerse si era de carne y hueso.

Comenzaba la fiesta brava entre pasodobles y sonos de a tierra: —Yo lo monto —pedía uno—. Quítate —empujaba otro más atrabancado—.

Como hormigas alrededor de la miel se pegaban los jóvenes rancheros del toro con ese deseo de exhibirse a la vista de la novia. Una diana rubricada la bravura del toro cuando expulsaba de su lomo el jinete.

— ¿No te dije que fallaría? Reprobaban los exigentes. Ni siquiera le aguantó ese fulano los primeros impulsos.

Desde su entablado pegado al corral el Teseo fiscalizaba al toro más bravo del día: —A ese lo domaré —se proponía por dentro—. Que saquen el otro a ver cómo se presenta.

En cada paréntesis que se abría para dar acceso al pueblo a desbordar su delirio, se paseaba el héroe en todos los expendios de bebidas embriagantes para brindar con los suyos.

Los niños se acercaban a tocarle el brazo; le medían con la mirada los huaraches; se le colgaban de los hombros; en fin, todos lo rodeaban como semidiós que lo hacían.

Yo lo vi más de una vez quitarse el sombrero y lanzarlo a viento al mismo tiempo que decía: —Saquen el más bravo, —ordenaba—.

La autoridad accedía a su petición, ya le conocían su valor y su fuerza hercúlea. Entre cuatro y a veces hasta ocho vaqueros se encargaban de amarrar al bramadero el toro más bravo de los dos días de fiesta.

—Que no lo monten —ordenaba—.

SHUNCO

Picaban al animal con la puya, le aventaban buscapiés para despertarle la bravura, le quemaban cohetes para sacudirle los nervios y, mientras eso se hacía, como un árbol se plantaba Andrés Gallegos en medio del corral. Se quitaba la camisa, los huaraches, se ceñía en el cuello una mascada roja para que el toro lo buscara y luego que soltaban al animal, daba de brincos y saltos para citar al toro: —Gudaa biniguicha —le gritaban en zapoteco.

Corneaba el toro los brazos del corral con las luces prendidas en la mirada.

—Gudaa, —insistía el viejo—.

A la media vuelta veía el animal la camisa que lo citaba, corría como un rayo a despedazar el bulto que se atrevía a burlarse de sus fuerzas y, como quien juega con un muñeco, se abrazaba don Andrés del cuello del bruto con el cuerpo prendido entre los cuernos: —Ni un paso más —le decía—, y recargándose él con todo su peso derribaba al toro entre la admiración y aplausos del público que le rubricaba la hazaña al compás de la diana.

Niños, jóvenes, viejos y hasta mujeres corrían a patear al bruto, le pelaban la cola, otros las patas y no faltaba un sádico que le llenaba de tierra los ojos, ¡cuántas veces en cada año, un pobre animal no lo inutilizaron para toda su vida! Se morían más bien de la ceguera que de la misma tristeza de ser vencido por un Andrés Gallegos.

El viejo roble lo hizo año con año hasta que un rayo más poderoso que sus fuerzas, le cercenó la existencia de un tajo.

¿Quién de esa generación no se acordará de la hazaña de ese Teseo zapoteca? El tiempo, ya ven, canta y bendice la gloria de ese semidiós que alimenta la esperanza de todo un pueblo, que cree en la fuerza de sus hijos.

EL CONEJO Y LA CULEBRA

Inteligente como Sócrates no esperaba la culebra del conejo que éste se deshojara las orejas para escucharle su proposición: —Allí estas bien —le pidió el conejo—. Desde esa rama donde descansas puedes pedirme lo que quieras.

—¿Ves el cielo? Le interrogó el ofidio.

—Los irracionales no tenemos ese derecho de mirar arriba.

—Pero, en cambio —agregó la culebra—; tú sí podrás hacerlo si te propones.

—Bueno —acepta el conejo—; si tú lo dices, te lo creo, mas antes quiero que lo hagas para que yo vea si lo haces bien.

El reptil pensó engañar al conejo, alzando la vista al cielo quedó mirando la inmensidad que se le abrió de par en par.

—Así estas bien —le dijo el roedor—. Se dio media vuelta escapó entre las malezas.

Se pegó la mirada de la culebra en el cielo, y cuando vino a darse cuenta que el roedor había escapado, escuchó desde la rama de un guanacastle la voz de un gavián que le decía: —Qué tonta eres amiga, ¿tú crees que con tu malicia ibas a sorprender la ingenuidad del conejo? Fíjate que en esta ocasión te ha fallado la trampa con un pobre roedor, ¿qué será de ti con uno más grandecito?

Casi resbaló la culebra de aquella rama que la sostenía, se arrastró desde entonces con toda la maldad que la caracteriza.

Tú no lo hagas nunca, amigo, la lealtad debe ser siempre tu bandera. Cree en ti mismo de lo que eres capaz, pero no quieras medir la capacidad de los demás.

ROMANCE MESTIZO

Asediada por soldados de la conquista, casi perseguida, la Guieshuba buscó el camino del monte a confundirse con la Guiebichi.

Sólo uno de ellos desembarcó en Salina Cruz decidido a vivir entre los zapotecas, el jazmín. El amor pudo más que el poder de la aventura, contra la ambición que cruzó el corazón del Istmo zapoteca con destino a California, ¿quién pudo más a la hora de la verdad? El amor de la

Guieshuba que dobló el fusil.

El ulises ibérico se echó a cuestras de localizar la Guieshuba por mar, cielo y tierra. Se rizó los cabellos con los rayos de la aurora, el perfume de la mañana lo envolvió en todo su ser y la esmeralda de las montañas le cubrió el cuerpo.

Se plantó el jazmín, en guardia, en los jardines de la ciudad, en los huertos, junto a otras flores que le sonrieran, al lado de otras más hermosas que la Guieshuba, pero ni así se logró atraer la atención del jazmín ibérico, como buen soldado se sentó a bordar todo el día la calma de las nubes que cruzaban el cielo, en vuelo fugaz de la mariposa que el niño persigue, la brisa del sur que abandona el lecho de su mar; en fin, se quedó el jazmín a esperar hasta la caída de la tarde. La Guieshuba dormía, en tanto, en el monte junto a la Guiebichi.

Año tras año desfilaron en inútil espera para el enamorado peninsular; de huerto en huerto caminó desesperado hasta que un buen día la azucena se le acercó: —Hermano —le dice—, ¿buscas una aventura? Yo creo que pierdes el tiempo, la Guieshuba vive de su castidad alimentando a todas las demás de su raza como lo hace la aurora del sol o como este río de las lágrimas de las montañas, ¿A qué buscas tanto a la Guieshuba? Su mundo es la noche, la calma de la eternidad, su lecho.

El soldado enmudeció. ¿Para eso caminó tanto? Se dijo. Pero al mismo tiempo recapacitó: Es mejor que yo espere definitivamente aquí en las tierras del Istmo, no sea que algún día se conduela la Guieshuba de mis penas.

Y se sentó a esperar el jazmín desde que amanece hasta que buenamente se despide la tarde. Y mientras duerme parado el enamorado jazmín, la Guieshuba se acerca al pueblo en cuanto entra la noche, camina siempre erguida con una sonrisa en los labios que entrega orgullosa a sus pretendientes. Si no quiso al español, tal vez por orgullo indígena, pero blanco también se muestra del corazón como el grano de maíz que se deshace, como que eso quiere decir su nombre: Guieshuba: Guie-flor; shuba-maíz.

¿No le Basta al corazón una sonrisa? Así lo hace la Guieshuba en las noches mientras el jazmín peninsular duerme de pie esperando a la amada.

LA BRUJA PERDIDA

Esa mañana fui por agua como de costumbre con un cántaro en el hombro, pies descalzos y calzoncillo de cabeza de indio.

Me llamó la atención que la gente se alborotara alrededor de una viejecita que no daba razón de su procedencia: "Habla —la exigían— ¿No te acuerdas de dónde eres? Alguien quiso jalarla de los cabellos revueltos como la cabellera del maíz: "Ni modo que no sepa de dónde es". Se preguntaban.

La pobre viejecita se encerró en su mutismo y ni quien la obligara a hablar.

—"Por último de los diablos —gritó Pancho Pocho— di siquiera quiénes son tus familiares". El silencio se hizo más hermético. Para eso la gente ya se había acomodado en las banquetas.

Llamaron a na Tilde, a na Teca Piu que la reconociera: —"Yo, ni la conozco"— se concretaron a decir. Y así fue, no dieron con ella. Y la gente no se movió de su sitio.

Fui por otros dos viajes de agua y volví a encontrar a la gente en su lugar como cuando se rodea a un merolico, pero aquella viejecita no hablaba.

Ya eran las siete de la mañana, el sol arriba de las casas "Habla —volvían a preguntarle— piensa que se hará tarde y entonces sí que el sol no te dejará ir".

Fueron por una señora de Guichivere, bruja también de oficio. A solas habló con ella y cosa curiosa, la gente las dejó en libertad.

Vi que la bruja de Guichivere le sacó de las enaguas un alfiler, luego la ordenó: "Ahora ya te puedes ir, pero otra vez ten cuidado de que no te de el sol en la cara. Además —le dijo— ya no te untes la chinguiña del perro en tus ojos". Y con un pañuelo le limpió la cara y con la punta del huipil, la mucosidad de los ojos.

Luego que la viejecita se alejó, la de Guichivere explicó: "La pobrecita creyó que es muy fácil alejarse del pueblo, le dio por acompañarse de una amiga, que es también nueva en el arte, y sin pensarlo mucho corrieron sobre el lomo las montañas que nos separa de los mixes. Ella es de El Barrio, cerca de Matías Romero. Pasearon toda

la noche aprovechando la claridad de la luna, pero tontas, cuando se dieron cuenta es que ya les había amanecido en la playa del río. Aquella otra pude convertirse en murciélago y por esta hora ya debe estar dormidita en su casa, pero ella, tonta al fin, ya no tuvo tiempo de cambiar de ser. Un borrachito fue quien la pegó con un alfiler en el suelo".

Por una mera curiosidad de niño pregunté: Pero, ¿cómo es que hacen para cambiar de ser? Y ella sin pensarlo mucho me aclaró: "Todas las noches que hay luna —me dijo— nos reunimos muy cerca de las iglesias y una vez que toda la gente duerme, damos tres vueltas de gato en el aire, pero antes, acomodamos la ropa en el vientre de la campana y ya con eso conseguimos cambiar de persona. Algunas se transforman en clueca, otras, en marranas. ¿Y los hombres? pregunté rápidamente. Ah, dijo ella, esos sí son más ligeros, también se quitan la ropa que esconden en los mismos vientres de las campanas y luego que ya están desnudos también dan dos o tres vueltas de gato y se transforman en changos, murciélagos, marranos en brama que hacen rechinar los dientes, o también en tigres cuando quieren recorrer los llanos de los pueblos mareños, a veces también, en jabalí".

Fue así como aprendí el arte de la hechicería que en el Istmo llaman "BIDXAA", o que es lo mismo, el que cambia de ser.

Como esa pobrecita bruja que le amaneció en el pueblo, otras muchas se han quedado en tierras extrañas, sin que nadie hasta la fecha de con el paradero de ellas.

Se van del pueblo, algunas veces por gusto, otras, por causarle daño a alguna persona pero siempre por desquitar la paga de un enemigo.

Ejercen la hechicería por oficio y de muchas partes de la República las buscan para devolver al marido ausente o para causarle daño a la ladrona del hombre ajeno.

Trabajan con alfileres que atraviesan el muñeco que fabrican con sus propias manos, lo entierran muy cerca de la casa de la persona que se proponen causar el daño y se alejan protegidas de la noche. Y si es alguien que muere en un accidente, esconden la ropa del finado debajo de la mesa del santo.

—"Tú no temas —aconsejan— deja que el culpable de la muerte se lo lleve el demonio". Y la maldición se cumple.

—"Lo devolveré a tu casa —aseguran—, todo lo que tienes que hacer es entregarme el retrato de esa desgraciada vieja". Y cumplen con lo prometido.

Otras veces sentencian: "Haré que te pida perdón de rodillas o si quieres, ella misma te entregará el marido.

Por eso salen en las noches de luna a recorrer la República pero también corren su peligro. Cuidado que encuentren a la bruja del enemigo en el camino porque entonces arde Troya, se defienden hasta con los dientes cuando no pueden sujetarse de los cabellos, y los hombres, hasta con las uñas cuando no se dan el lujo de exhibir al pueblo la desnudez del rival.

Eso pudo haberle pasado a la "bruja perdida" o se encontró con un borrachito que quiso asustar y aquél sin perder el tiempo la sujetó con el alfiler a la sombra de la luna. Y como ella conocí a otras que también amanecieron en el pueblo convertidas en unas viejecitas irreconocibles que ya volvieron a su pueblo.

Todas flaquititas como muertas de hambre vivieron escondidas entre las piedras de los cerros del Tigre y Bixana, y por allí deben vivir hasta la fecha.

EL BESO DE LA BRUJA

Con luna llena y ni hora que parara de llorar el niño, pero como no hacía ni media hora que se le había dado de comer el padre se inquietó con tanto ruido: —"¿A ver qué le pasa a ese niño"? —Ordenó—.

La madre, un poco de más calma y conociendo que los recién nacidos despiertan con el menor ruido, asustó al gato que se retirara.

El alcaraván desgranó su canto: —"Vete al diablo, vil demonio con ese lenguaje que tú sólo resistes" —refunfuñó el papa—. Aquí no queremos más compañía que la de mi hijo".

No era ni muy temprano ni muy noche, a las once, si acaso. En ese momento rebuznó el burro desde el cerro.

— ¿Oíste? —señaló la mamá—, son las doce. Esos animales no se equivocan, siempre anuncian la hora exacta.

La luna se sacudió las nubes que le estorbaban el rostro, y luego el alcaraván corrió detrás de un ratón que no pudo alcanzar: ¿Otra vez con lo mismo? Se enojó el papá y le aventó una mazorca. Ni tú nos dejas dormir. Y se envolvió la sábana de los pies a la cabeza. Ahora ya puedes dar de comer al niño —dijo enfadado— ponle tantito aceite en la lengua, o en todo caso una poquita de agua en la boca. El pobre debe tener sed o hambre.

Y ni hora que parara de llorar la criatura. Amaneció la luna en los tejados y el niño con el llanto.

Y en cuanto el sol se dejó ver por el oriente, la vecina más próxima se acercó a comunicar:

—"Oí que toda la noche estuvo llorando el niño. Pensé en el hambre que pudo haberle inquietado pero, la sorpresa fue mayúscula al ver que un chango se pegaba de la ventana de ustedes. Por ratos metía la cabeza entre los barrotes y al instante pegaba el niño su grito, ¿no se dieron cuenta? El simio se retiró en cuanto la luna llena se escondió detrás de las casas".

La abuela abandonó los quehaceres de la cocina, se acercó a aclarar: —"Es cierto —afirmó— debe haber sido alguna bruja que se atrevió a besar al nene". Desenvolvió a la criatura de la sábana blanca y, caso insólito: le encontraron unos moretones en los bracitos y en las piernas. ¿Ya yen? —Puntualizó—. Así es como besan las brujas.

Dicen que las brujas son, generalmente, las mujeres que no llegan a tener hijos a quien acariciar. Por eso, en cuanto ven ellas que duerme el pueblo se asoman a las ventanas convertidas en chango, chupan la sangre de los niños y de eso se viven.

La zapoteca que conoce de estos misterios, las ahuyenta colocando sobre la cara de la ventana una palma bendita que se reparte el Domingo de Ramos.

Si tienes criatura tierna, te recomiendo hagas lo mismo que ellas. Ahuyéntalas con agua y palma bendita.

LA BRUJA ATILANA

Muy cerca de mi casa, a unos cuantos metros, desemboca un callejón que lleva a la casa de la bruja Atilana. Un susto que da en el corazón llegar a ella.

Por las noches, ni se diga, pasos muy pesados se escuchan en el vientre de la casa de tejabana que se diría del otro mundo; gallinas que recogen en sus alas los hijuelos traviesos y gatos que maúllan de miedo.

Al año se viene a bañar. Ese día arde de calentura y, todos piensan que morirá al amanecer, pero ¡qué va! La viejecita despierta con más brío.

Una noche la espiamos: Salió vestida de enagua de enredo como las viejecitas que llamamos Vinigulaza, huipil negro con una toalla amarrada de la cabeza, descalza. Se untó los párpados de un líquido viscoso que recogió del perro de la casa y se dobló como una U a recoger unas piedras que aventó a los gatos que maullaban. Desde arriba del árbol de tamarindo la observamos que se dirigió hacia la iglesia Xihui. Se detuvo en el atrio a dar unas dos vueltas de gato en el aire y se convirtió en gallina clueca.

Se perdió de pronto, entre los callejones y ya no supimos de ella hasta el amanecer que encontraron su ropa en el vientre de la campana.

¿A dónde iría la bruja Atilana? Nos preguntamos azorados.

Ta Nuco Majín nos repitió más de una vez. "Esa Atilana no va a entender, se va a recorrer otros pueblos por el mero gusto de conocer, pero cualquier día se va a perder y ni quien vaya a dar con ella".

Y así, exactamente, como él nos platicó: Un mes después de aquella noche, ya no supimos de la bruja Atilana. Se perdió en algún pueblo el Istmo y ya nunca regresó.

¿Qué sucedería con la bruja Atilana? "Hasta eso —repiten con cariño en el pueblo— fue una bruja muy noble, no le hizo mal a nadie y si le dio por recorrer los pueblos del Istmo por la razón de que no tuvo un hijo a quien cuidar.

LAS BRUJAS TIENEN NOVIO

En la punta de los cerros, entre las piedras o entre las frondas de los árboles, allí se reúnen las brujas todos los sábados en la noche.

Mientras los maridos duermen pesadamente, aprovechan ellas para salir de paseo. Como aves nocturnas, ni más ni menos, se les ve bajar sobre el cerro del zopilote.

En una de esas noches de luna nos reunimos un grupo de niños de mi edad y, agarrados de las manos nos lanzamos a espiar a las brujas que se reunían. Escuchamos claro que se anunciaban al entrar en las rocas: "Soy de Juchitán, de Unión Hidalgo, de Espinal, nosotros —repetían en coro— somos de los pueblos, mareños: San Mateo, San Dionisio, Santa María, San Francisco y Xadani, ¿y tú? preguntaban. "Déjenme descansar un buen rato, vengo fatigada. Luego les diré de dónde soy".

Imposible que las que llegaban de muy lejos se anunciaran de inmediato. Todas fatigadas se entregaban al reposo sobre las piedras.

La lechuza fue la primera en dejarse hacer el amor por el águila-"BIXIA" en zapoteco: Bi-viento; Xia-ala. Se dieron de besos y abrazos y escuché claro que se arrullaban repitiendo aquel cuarteto muy célebre de Manuel M. Flores:

"Bésame con el beso de tu boca
cariñosa mitad del alma mía;
un solo beso el corazón invoca
que la dicha de dos me mataría"

Y se le entregaba la lechuza como la luna a la noche. La ternura rayó en lo sublime cuando la calandria canta a la golondrina el madrigal de Gutierre de Cetina. A la zapoteca dijo:

Lu yani, neshe dxii,
sicurú nga ruyu guiruni rioo
ladxi cabe lii.
Xi nenga ruyu naa nadushu.
Pa mientras lii guyu naa sicaruu
ma galanga su'ya cabe lii.
Gadi guyu dxi lu naa naduxu
Noo penga dxii ridxiichi un

pa gadi guya cabe lii huaxiee.

Lu yani, neshe dxii,

ya que sacanga ruyu naala

sicarú bia dxii naaxa.

"Ojos claros, serenos,

si de un dulce mirar sois alabados,

¿Por qué si me miráis, miráis airados?

Si cuanto más piadosos, más bellos parecéis

a aquel que os mira,

No me miréis con ira

porque no parezcáis menos hermosos.

¡Ay tormentos rabiosos!

Ojos claros, serenos,

ya que así me miráis, miradme al menos".

Para esto, la madrugada entró corriendo al pueblo sorprendiéndolas a todas, unos en plena fiesta, otros, entregados al amor, una se quejaría de su soledad, del novio que no llegó:

"Hombres necios,

que acusáis a la mujer sin razón,

sin saber que sois la ocasión

de lo mismo que culpáis".

La urraca, como de costumbre, escandalosa pidió que se leyera un canto y de la garganta del Biguitu escuchó complacida:

Veo en tus ojos

dos zagales que se divierten

recreándose en los lagos de tus pupilas,

Los veo como parejas de perdices

que corren a esconderse

en la espesura de tus pestañas

Quisiera ser como los dos ellos

que perdidos en esas montañas

son felices;

o ser como los dos zagales

que se bañan en las aguas azules

de tus mares.

Déjame ser como ellos,

o al menos déjame vivir en sus cabañas.

Déjame quererlos,

o a l menos deja que mis labios

se acerquen a ellos.

Déjame adorarlos, o al menos

deja que mis manos jueguen con ellos.

Le gustó tanto que arqueó las cejas, y a una orden volaron todas hasta el atrio de la iglesia Xihui y con dos y tres vueltas de gato en el aire recuperaron su verdadero ser.

TAMBIÉN JUEGAN LAS BRUJAS

Regresamos de una fiesta, mi familia y yo, y con tanta luna a quién no se le ocurre jugar a las escondidas. Otros de mi edad, sintieron la misma necesidad de recrearse me invitaron y, como de costumbre me quedé a jugar con ellos.

Corrimos por las hojas que se nos pedía en el juego, subimos los cocoteros para tocar el brazo de las palmeras; nos acostamos sobre la mullida alfombra de la enramada de la iglesia para sentir el fresco del carrizo; tocamos la campana con la yema de los dedos y, nos escondimos detrás de la "piaña".

A un rebuzno del asno del cerro nos recogimos a nuestras casas como soldados que se concentran a su cuartel.

Muy pronto se detuvo en un punto suspensivo el desfile de la gente que regresaba de la fiesta. Escuchamos claro y patente las voces de las brujas que jugaban:

—Rosalía de Lima, ¿A dónde ha ido tu mamá?

—Salió por brasa.

—¿Y para qué quiere la lumbre?

—Para calentar el perro sarnoso.

—¿Y para qué le servirá el perro sarnoso?

—Para acarrear el agua de tomar.

—¿Y quién tomará el agua?

- Para la gallina que siente sed.
—¿Y para qué quiere la gallina?
—Para que ponga los huevos.
—¿Y para qué le servirán los huevos?
—Para el cura.
—¿Y para qué le servirá el cura?
—Para oficiar una misa.

Y todos repitieron en zapoteco: Chin... chin... vigaragu bichi... chin... chin... vigaragu bichi. Y se sacudieron las manos y el polvo que se les pegó al romper los coyotes que rompieron (Vigaragu).

Luego las vimos formar un círculo y una de ellas que la hizo de ciega fue adivinando el nombre de las que tocaba con la yema de los dedos, y si acertaba, aquella desaparecía como por encanto, y luego que la ciega quedó sola, dio tres vueltas de gato en el aire y desaparecía de nuestra vista.

Y la luna bajó también a jugar en los tejados.

Toda esa noche no dormí de la misma impresión que me provocó el juego de las brujas y es que también dicen que si uno cierra los párpados las brujas vuelven a jugar sobre nuestra barriga.

Claro que me habría gustado experimentarlo, pero mis ojos ya no quisieron desvelar por ellas que son muy mal agradecidas.

Es el mismo juego de los niños durante el día solo que las brujas los juegan y agregan el del encanto para probar que son más inteligentes que nosotros los humanos.

EL ENCANTO DE LOS PANES

Susano Salinas no miente, es un señor muy serio y, por la misma razón de su edad alcanzó el privilegio de llegar a Shuana.

Cuenta que una noche lo visitaron varias mujeres muy bellas y hermosas como la luna llena.

Un caso muy extraño pero muy verídico.

—"Ta Sano —le piden—, sabemos que tienes muchas sandías, ¿Nos puedes vender algunas?

—¿Qué quieren decirme? Corten las que gusten.

SHUNCO

Y aquellas mujeres se sirvieron a su antojo.

Otra noche que no bajó al pueblo para cuidar los sembrados de los mapaches, oyó el aleteo de una ave que le sacudió el sueño de los párpados. Aquella ave bajó exactamente sobre el ranchito, entonando un trino muy tierno, tan dulce como el corazón de la sandía. Se quedó él pensando: ¿Le daré un tiro? ¿Dejare que siga cantando? Le venció el sueño y a medio dormir una voz femenina le habló en el oído “¿Me vendes unas sandías? —Despertó él y sin medir palabras respondió: "Llévate todo lo que puedas cargar". —Acercó ella su carreta y de las redes sacó un canasto grande cargado de panes que olían a gloria.

"Ten —le habla—. Son para comer con unos chocolates. Y a la luz de la luna le entregó un plato lleno de chocolates. "Siempre me hablaron —agregó ella—, que eres muy bueno y ahora lo he comprobado, ¿me puedes regalar otra red de sandías a cambio de más panes"?

Ni media palabra: "Llévate lo que quieras".

A una seña de la luna se despidieron como dos buenos amigos. Abrió ella su camino y se alejó.

Para esa hora la luna ya se había descolgado del cielo, tranquilamente descansó sobre los árboles.

Amaneció con trinos de las aves más madrugadoras: La calandria se asomó cantando a la puerta de su nido; el zenzontle orquestó la brisa con su trino y coma nunca, se alegró tanto el Biguitu que transmitió un mensaje todo lleno de esperanza.

Se acordó el señor Susano de los chocolates y de los panes; los colocó en una mesa improvisada y fue por el agua caliente; ¡qué sorpresa! Las tortas se convirtieron en estiércol de ganado bovino y los chocolates, del ganado caballar.

Cambió el coraje por una sonrisa que cortó de la flor de sus labios: "Vaya con estas brujas —se dijo— otra vez me han engañado pero, Dios es grande, ya volverán".

Nunca más volvieron, pues la verdad es que no acostumbran repetir su gracia más de dos veces.

Hasta la luna se sonrió.

LA RISA DE LAS BRUJAS

Muy cerca del panteón, pegado a los cerros del Tigre y Bixana, se reúnen las brujas para burlarse del campesino que pasa en carreta, a pie o a caballo.

Al principio se pensó que serían los muertos que abandonan su sepulcro, pero hasta que entre ellas mismas se descubrieron su secreto, la gente ya no sintió miedo.

"Je jeyyy... es la clásica risa que las acompaña en cuanto ven que la luna se asoma detrás de los huertos. Como Chincuyus saltan de rama en rama de los mangos vestidas todas de negro, de la cabeza a los pies. Otras veces, como Pavuyeu-correcamino trazan el camino el hombre hasta entregarlo a su destino.

Pero, eso sí, nunca se las ve en los panteones, hasta ellas mismas se asustan de los muertos. Una vez, por cierto, encontramos inconsciente a una de ellas abrazada de una lápida. Las mujeres que llevaron flores a sus difuntos trataron de reanimarla pero, ni repitiendo sus risas le devolvieron el aliento. Ya no la molestaron durante todo el día hasta que la luna que entró por la puerta la sacudió de las mechas: "Párate —la reprendió— hasta eso eres tonta, te haces de la dormida como si no fueras tú la de la culpa".

Desde ese día ya tomaron sus precauciones de no perturbar el sueño de los muertos que allí duermen. Sus groserías ya las hacen con los vivos que en el día las molestan.

Toño, por ejemplo, se divierte jalándolas de los cabellos y adrede sale por las noches a tocarles la puerta y, aunque ellas duermen o no se están en sus casas el eco de su risa permanece pegada como el timbre en la cara de la puerta. Cuantas veces trate el grosero de molestarlas la risa se despegaba a estrellarse en el rostro de Toño. "Je, jeyyy... se ríen y como alfombra se colocan a los pies de Toño. Y hasta que la luna se muestra enfadada de la burla, las toma de los cabellos y las reprende: ¿No tienes vergüenza? Cuídate de la burla del hombre si no quieres que te moleste".

A esa hora despiertan y se alejan a acomodarse entre las frondas de los árboles.

Pasa el campesino en su carreta y la risa se despegaba de los árboles: Je, jeyyy... Y como el cascabel se pierde el eco entre las Piedras del

Cerro.

En la playa la voz es más clara, más limpia que las mismas aguas del río. Se levanta de la arena como el remolino que pasa a recoger los totomostles del muladar: Je, jeyyy... Y como cohetones en las fiestas titulares rompen la cara del cielo para sacudirse la cabellera que gotea como las trenzas de la istmeña que sale del baño.

"Je, jeyyy...". Burlesca e irónica se apaga al amanecer.

LA CASA DE LA BRUJA MARÍA

Como tú, yo también sentí la curiosidad por conocer la casa de las brujas, el lugar donde duermen, lo que hacen y de qué se viven.

Ese día casi me jalaron de las manos, la voz invisible que me condujo a ella me dijo: "Por acá es la puerta, entra". Y me empujó.

La bruja no había vuelto de su paseo nocturno y ya casi amanecía, nada más que la luna se encontraba ya a la altura de las casas.

—"Apúrate —me repitió la voz— ya es hora que ella vuelva".

Recorrí el veintre de la casa de tejabana tocando en la oscuridad todo lo que encontraba a mi paso: Una piel de lagarto, otra de serpiente, una lechuza disecada, un muñeco con alfileres, el carapacho de una tortuga que le llaman cahuama y un zopilote también disecado.

De pronto, se escucharon unos pasos en la enramada que precede a la tejabana. Una voz se acomoda en mi nuca como vampiro que hunde sus puñales en el cuello del becerro: Me chupa la sangre y se aleja abandonándome en un sueño muy profundo.

La misma voz me sacude los párpados, abro los ojos con miedo y ¡Qué horror! La bruja, sentada en un rincón de la casa vestida toda de negro.

¿Quién eres? Pregunté horrorizado, me mostró los dos abismos de sus ojos que se cerraron lentamente como la hoja del olivo que se dispone a dormir a la entrada de la noche. Se arrugaron sus parpados como la piel de una víbora de cascabel, o algo más, casi el cuerpo del camaleón.

Ya no supe de mi mismo, dormí como niño de 9 a 10 horas, hasta que la voz me despertó: ¿Qué haces aquí tontuelo? ¿No sabes que tienes prohibida la entrada a esta casa? Quedé otra vez inconsciente del mismo miedo; sentí que me cargaron envuelto en un petate y, al abrir los ojos desperté en casa encontrando a mis papás en la cocina.

LOS MALEFICIOS DE MATILDE

La otra noche que volví cerca de la casa de Matilde, la bruja, frente a ella vi sentada a Virgen, oí que la joven le contaba llorando:

—"Siempre la consideré como hermana, le platicué mis cuitas y ella a mi, pero ahora me ha traicionado robándome el novio".

—¿Quieres algo contra ella? Preguntó la bruja.

—No. Lo que quiero es a mi novio.

Se amarró ella bien el ceñidor que la sostiene el enredo y la agarró de las manos. Se metieron en lo más oscuro de la casa y con un candil le mostró la cara de una mano: "Mira, le dice, en los surcos de mi mano se traza un camino que él ha seguido con ella, y como tú puedes notar, también salen a sus pasos unos espinos que podrían impedirles el paso. Con este cabello —y le mostró una cerda de jabalí— lograrás que vuelva. Pero antes, tendrás que cumplir al pie de la letra mis indicaciones: En un vaso de agua pondrás este pelo bañado de este líquido —y le sacó un frasco con agua de hierba. Unos quince días te bastarán para recuperarlo, ¿Entiendes? Anda por una fotografía de él, y en todo caso que te decidas, lo hundiremos en la cárcel si es que no se arrepiente de haberte abandonado".

En el plazo fijado sobrevino la reconciliación de la pareja de enamorados, los papás de ella se alegraron mucho pero, la de la otra, entristeció de coraje.

Ya no hubo necesidad de meter a la cárcel al ingrato, se casaron a los pocos días de reconciliados.

El caso de un marido infiel sorprendió a propios y extraños: "Anda, ordena ella a la esposa abandonada, ¿sabes a dónde vive ella? Riega esta agua en todo el derredor de la casa, pero hazlo tú personalmente, no

dejes que otra persona lo haga para que surta el efecto que quiero. Tampoco lo platiques a tus amigas, es un secreto".

El líquido que extrajo ella de una lechuza devolvió al marido infiel a la semana de practicado el maleficio. Fue entonces que me preocupó indagar el origen de esos medicamentos preparados con la sangre del reino animal, pero, tú debes saber el compromiso que firmé con ellas, jamás las publicaré hasta que vayas personalmente con ellas a mi nombre para que practiquen contigo el maleficio que desees provocar.

¿De acuerdo?

CUANDO MUEREN LAS BRUJAS

Con la misma fatiga del día se retiró el sol a descansar en los brazos de la noche anunciando con ello la libertad de las aves nocturnas. Dos cortamortajas bordaron su camino y de paso cortaban la tela de la noche que cubría el rostro del callejón de la bruja Cliseria. Los murciélagos abandonaron la sacristía con dirección a Montegrande y, en el norte se recogieron los zopilotes entre las rocas del cerro.

Esa noche creció el río saliendo de su cause. Un pobre perro se soltó a aullar como viendo a alguien que se levantaba de los escombros de una tejabana que empezaba a arrastrar la corriente. Los gatos no bajaron de las enramadas sacudidos por el terror de la muerte que allí rondaba. Y desde lo más alto del árbol que cuidó siempre como vigía los pasos de la bruja Cliseria clavó su mirada una lechuza que no la apartaba del callejón, ¿qué sucedería? Me pregunté aterrorizado.

Al día siguiente, a muy temprana hora se vio llegar un grupo de huaves con canastos en las espaldas y empezaron a contar:

—"Sobre una pared de carrizo vimos que el agua arrastraba la anciana camino al mar, sólo un milagro pudo haberla salvado".

Esa misma tarde, unos mareños del mismo rumbo completaron la narración:

—"Unos lagartos acompañaron el cadáver de la viejecita por toda la orilla de la playa. Ni las mismas olas la aceptaban en sus aguas. Como tronco seco la azotaban y cuando entró la noche la pobre viejecita lloró

de angustia. Se oía que unos lagartos caían en su espalda y después que la flagelaron los diablos, la amarraron de un árbol enorme: Allí te quedarás para siempre amarrada —la reprochaban—. Tú no tuviste corazón para con nadie, despojaste al hombre de su nobleza, lo hiciste egoísta y a las mismas mujeres calificaste de livianas y las negaste una gota de comprensión. Para que sientas en carne propia lo que tú has hecho con los hombres no tendrás derecho a la gloria, te irás derecho al infierno".

Enterraron a Na Cliseria en el panteón del pueblo y los que la acompañaron en su última morada presenciaron la salida de una serpiente enorme que abandonó el sepulcro. Los viejos consideran que fue el alma de ella que escapó y el mismo que vieron los huaves arrastrado por las aguas.

Meses después, los campesinos contaron que veían el alma de la bruja que penaba por el cerro, otros, escucharon sus quejidos que se repetían con el eco de las montañas. Los latigazos caían limpios y claros: "¿Por qué lo hiciste? La reprochaban sus aliados. Y ni así aceptaban declarar. Y esos mismos latigazos se repiten hasta el día de hoy, si es al mediodía con mayor profundidad y sólo mengua al atardecer.

Otros dicen escuchar su llanto a medio monte a la misma hora que se retira el sol a descansar.

LA ABUELA

La recuerdo muy bien: Canosa por los mismos años que pasaban sobre ella, bien de salud a pesar de sus problemas y, siempre descansando en una hamaca en el corredor de su casa de material con una sonrisa en la punta de sus labios; toda una belleza de mujer bien criada, de buena familia.

La espinaña llegó al pueblo muy joven, cuando Ixhuatán lucía también una primavera de muchos colores, pájaros hermosos de finos plumajes y un río que le cine la cintura con joyeles de plata.

Doña Teófila Toledo bebió de esa agua, se recreó en sus remansos y, si esto ya es decir poco, aprendió el lenguaje de las estrellas de sus noches.

SHUNCO

Acercarse a doña Teófila era arrimarse a la sombra de una milenaria ceiba. De ella aprendí a caminar con rectitud y si algo más sé de la vida, ella contribuyó a mi formación.

En su lengua zapoteca derramaba todo un caudal de sabiduría y que los jóvenes bebimos sedientos como ella lo hizo de las frondas que dio origen el nombre del pueblo: Ixhuatán.

¿Ixhuatán? Sí. (Exhuátl-hoja de maíz; tán-lugar).

"Lugar de Frondas".

Nadie se retiraba de aquella mujer sin llevar en la mente un consejo como se lleva un cesto colgado de un brazo. En zapoteco decía: Uca gunaa, que se traduce en castellano:

HAZTE MUJER.

Si lo ves con otra,
hazte ciega.

Si te dicen algo de él,
hazte sorda.

Hazte mujer, si quieres vivir;
y cuando ya no puedas
soportar sus ofensas,
hazte mujer de abandonarlo.

Pero hazte mujer
cuando ya no puedas con él.

Deja que el tiempo
premie tu esfuerzo,
pero hazte mujer
para que nadie se ría de ti.

II. NINO CABEZA

LA MALDICIÓN DEL BRUJO

"¡Me cargará el diablo con todo lo que soy si no hago que una tortuga camine día y noche en tu barriga, maldito panzón!"

Augusto Morales se suelta una carcajada que estalla en la cara del brujo, y tras de observar al pobre viejo que se retira como herido de muerte, con toda tranquilidad continúa despachando a la clientela que le pide un jabón, unos cerillos o una vela de sebo.

En la conciencia de Augusto se revuelca el sentimiento de culpa de haber robado a Ta Nino la fabulosa suma de cien pesos.

El pueblo sabe y cree en el poder infernal del temible brujo. —"Ta Nino es aliado del diablo. —Comenta el pueblo en voz baja—. ¡Quién sabe el fin que vaya a tener el pobre de Augusto!"

El anciano despertó del tendajón con la bolsa vacía, ¡Nunca perdonaría la osadía de Augusto el haber profanado la fuerza de sus males! Se sintió ofendido que un hombre se hubiera atrevido a robar su dinero en pleno día, ¿no sabía Augusto Morales que Nino Cabeza vivía con el diablo?

La sentencia del brujo corrió de boca en boca y como si el demonio los viese por sus lentes ocultos desde el infierno, en voz baja se siguió comentando:

—"Ta Nino tiene en su casa un espejo para seguir de cerca los pasos de Augusto. En la noche saldrá a dialogar con Lucifer en el cruce de cuatro caminos. ¿Qué le pasará al pobre de Augusto cuando ese maldito viejo lleve a enterrar de la casa el muñeco atravesado de alfileres?"

La gente estaba convencida de lo que sería capaz Ta Nino.

Ta León Gón, discípulo del hechicero, se le doblaron las piernas al saber la sentencia que el viejo había dejado caer sobre la cabeza de Augusto, y sin que el brujo se diera cuenta, llegó Ta León hasta la casa de Augusto, protegido de la oscuridad de la noche.

—"Mira, amigo Augusto —le dice— tú sabes de lo que es capaz el viejo, ese Nino lo conozco desde que fuimos unos niños, los llanos de San Mateo del Mar son testigos de todas sus hazañas. Si Nino se propone transformarse en una marrana con toda su cría, lo hará cuantas veces quiera para recorrer las calles durante toda la noche. Si le da par matar a un pobre huave que duerme con un solo ojo mientras camina solitario por el mundo de Montegrande, Nino se convierte en un furioso tigre y si quiere mofarse de tu pequeña estatura humana le basta cambiar su ser en un mono con una cola larguísima con la que puede ahogarte mientras duermes. ¿No sabes que Nino el día que muera irá a parar en el corazón de Bixana? Allí habitan todos los aliados desde que el mundo es mundo para el, ¿no ves en mis lentes que uno de ellos te maldice y desea estrangularte? Amigo Augusto —prosigue—, recapacita y devuelve el dinero de Nino; por cien míseros pesos no quiero verte atado en la peña más alta de Guiengola, ¿no sabes que entre aquellas piedras se encuentra encadenado el finado Pau Ngula? No aceptó obedecer a Nino de respetar la señal del diablo y fue muerto a balazos por su propio sobrino.

"Pancho Ngula fue otro de los indecisos que se hizo enemigo del mero Satanás por no haber obedecido extraer del panteón un cadáver a la medianoche. Desde ese día, Pancho Ngula se volvió enemigo acérrimo de perros y gatos del pueblo, ¿cuándo supiste que un gato o perro escapase de la maldición de Pancho"?

"Amigo Augusto, si quieres llevar en tu corazón mis ruegos, a las doce del día en el que el sal arroja su llama sobre la cara del cerro del Tigre, tú podrás ir por toda la falda del cerro de Bixana y allá encontrarás a Nino abrazado del diablo; habla con ellos y pídeles que te perdonen por tu atrevimiento, y verás, que mi amigo Lucifer te colmará

de obsequios y, si aceptas, te propondrá un rancho con todo y ganado que pasta en lo más espeso de Montegrande".

¿No sabes que Lao Yape se hizo rico gracias al pacto que hizo con el demonio? El huave Bayani también es un acaudalado ganadero que tiene firmado con el diablo un pacto perpetuo y pobre de él, el día que quiera hacerse atrás porque eso sí, Satanás hará que desaparezca todo su ganado de los llanos de Santa María del Mar.

El discurso de Ta León Gón entró y salió por las orejas de Augusto, y todavía para despedir al discípulo de Nino le escupe los huaraches y en tono de burla lo sentencia:

—"¡Guyé gabía, León Gón, biniguicha!" (¡Vete al diablo, León Gón gente imbécil!).

Na Chehua Min, la abuelita coqueta de los años, vive para atestiguar el paso del tiempo, con su voz cargada de dulzura y coquetería se acerca al changarro para suavizar la amenaza que ya reventaba la cabeza de Augusto:

—"Mira Augusto, hijo, no te vaya a acontecer burlarte de ese viejo Ta Nino, tú sabes que ese hombre carga el diablo en su alma y si es que le has robado, devuélvele su dinero".

—"Si me oyes, papacito, te ira bien, y si no quieres ponerle oído a mi súplica, ten la seguridad de que ese maldito brujo se va a salir con la suya".

Se despide Na Chehua Min pidiendo a Augusto que le venda un jabón de olor para cargar de aroma la copa de plata que va cubriendo, con el peso de los años, la otrora, una cabeza con olor a caoba fresco.

Corre el tiempo impulsado por los años.

Ta Nino Cabeza no deja de asomarse por la playa del río en las mañanas que allá por San Mateo del Mar se deja ver el astro rey, mitad hundido en el horizonte y con medio rostro asomándose sonriente.

—"¡Pancho Ngula! —sentencia—. No soy hijo de mi madre si ese imbécil muchacho se burla de Nino... Mira debajo de aquel monte cómo esa mancha de zopilotes se desgarran por desenterrar un cadáver. El hombre que mataron es un viejo conocido de la familia. Desobedeció al jefe de los rebeldes y éste lo mandó colgar de uno de los sauces y después de muerto ordenó a sus hombres que le dieran catorce balazos y

el tiro de gracia en la sien derecha".

Efectivamente, a los pocos días de la predicción se descubre el cadáver de Wirio Ortiz, marino y hábil ladrón que destapaba el techo de las casas para entrar a robar los comercios de la ciudad de Tehuantepec.

¡Beto Ba, acabó con todos sus infieles rebeldes!

Todavía los niños del pueblo de aquella época comentan que ven la imagen de Beto llevando sobre el hombro una retrocarga y un mauser. Otra mañana pasa Beto camino a los huertos, dizque a matar unos lobos y acaba con la vida de Leo Zanate... Borda la tarde de abril su manta de oro y azul.

A Oaxaca llevan a Augusto y sobre la carretera ve cruzar tortugas con rostro de Nino que escupe maldición.

Es 26 de abril.

En el sanatorio del doctor Mateo Jiménez son las diez de la mañana. El guasón de Augusto continúa mofándose del brujo: —"Na Ta Nino suti na'ne sugó ti bigu ndame".

("Dice Nino que me va a matar con una tortuga en mi barriga"). ¿Tú crees, doctor?" Y se toca la panza.

—"Tal vez, amigo Augusto, tú sabes que Nino es temido por todo el pueblo. Algo de cierto deben tener sus maldiciones. La ciencia avanza con pasos agigantados y la hechicería es un hecho que se resiste a mostrarse a la vista del científico. ¿No ves cómo estoy también de gordo? Si te asusta Nino, yo también le temí en la tierra y fue más por é que me vine a estudiar aquí en la Universidad de Oaxaca".

"Con que dime ¿qué sientes amigo Augusto?"

—"Pues yo, doctor, vine a consultar la causa del dolor que siento en la espalda. Ya hace días que no lo aguanto. Siento, además que la cintura se me despedaza. ¿No será que ese Nino va cumpliendo su palabra de matarme? (El doctor enmudece de espanto y cabizbajo abandona al enfermo con sus familiares).

Se interna Augusto y con la primera inyección que le aplican se paraliza de medio cuerpo, de la cintura a los pies.

Un diez de diciembre regresa al pueblo sentado en una silla de ruedas y Nino Cabeza que lo ve no se muerde la lengua para exclamar de satisfacción: "¡Le dije que Nino cumpliría su palabra!"... La prueba

está contigo, Augusto —aquí se dirige al inválido—, y que el pueblo entienda que Nino Cabeza es el representante del diablo en la tierra".

El diez de enero de mil novecientos cuarenta y ocho muere Augusto Morales sin que nadie sepa la verdadera causa de su muerte.

Se cumpliría la maldición de Nino Cabeza?

Todavía los niños del pueblo de aquella época comentan que ven la imagen de Beto llevando sobre el hombro una retrocarga y un mauser. Otra mañana pasa Beto camino a los huertos, dizque a matar unos lobos y acaba con la vida de Leo Zanate... Borda la tarde de abril su manta de oro y azul.

A Oaxaca llevan a Augusto y sobre la carretera ve cruzar tortugas con rostro de Nino que escupe maldición.

Es 26 de abril.

En el sanatorio del doctor Mateo Jiménez son las diez de la mañana. El guasón de Augusto continúa mofándose del brujo: —"Na Ta Nino suti na'ne sugó ti bigu ndame".

("Dice Nino que me va a matar con una tortuga en mi barriga"). ¿Tú crees, doctor?" Y se toca la panza.

—"Tal vez, amigo Augusto, tú sabes que Nino es temido por todo el pueblo. Algo de cierto deben tener sus maldiciones. La ciencia avanza con pasos agigantados y la hechicería es un hecho que se resiste a mostrarse a la vista del científico. ¿No ves cómo estoy también de gordo? Si te asusta Nino, yo también le temí en la tierra y fue más por é que me vine a estudiar aquí en la Universidad de Oaxaca".

"Con que dime ¿qué sientes amigo Augusto?"

—"Pues yo, doctor, vine a consultar la causa del dolor que siento en la espalda. Ya hace días que no lo aguanto. Siento, además que la cintura se me despedaza. ¿No será que ese Nino va cumpliendo su palabra de matarme? (El doctor enmudece de espanto y cabizbajo abandona al enfermo con sus familiares).

Se interna Augusto y con la primera inyección que le aplican se paraliza de medio cuerpo, de la cintura a los pies.

Un diez de diciembre regresa al pueblo sentado en una silla de ruedas y Nino Cabeza que lo ve no se muerde la lengua para exclamar de satisfacción: "¡Le dije que Nino cumpliría su palabra!"... La prueba

está contigo, Augusto —aquí se dirige al inválido—, y que el pueblo entienda que Nino Cabeza es el representante del diablo en la tierra".

El diez de enero de mil novecientos cuarenta y ocho muere Augusto Morales sin que nadie sepa la verdadera causa de su muerte.

Se cumpliría la maldición de Nino Cabeza?

EL ESPEJO DE NINO

Era yo apenas un niño cuando mi papá, Pancho Ngula, me habló de los prodigios de Nino. Me llevó a conocerlo en su casa de enramada que da a la calle de Mateo Jiménez, a unos cuantos metros de la mía.

Encontramos a Nino descansando en una hamaca de pita, fumaba un cigarro marca Tigre y, a su lado, un cuarto de anisado. Nos ve asomar a la puerta de pencas y de allá lejos se dirige a mi padre:

—"¡Qué milagro, Pancho Ngula!" ¿Qué andas haciendo tan temprano con este niño?

—"Pues vine con él que tiene muchos deseos de oírte, ¿nos aceptas a esta hora?

—"Claro que sí Pancho Ngula, estás en tu casa y nadie mejor que tú podrás contar mis hazañas a tu hijo, ¿quieres aprender el secreto de la hechicería"? —Me dice— y con un movimiento de cabeza le respondo que sí, me da unas palmaditas en el hombro derecho y me abraza muy fuerte.

—"Quiero que seas muy hombre —agrega— porque, lo que es este oficio, se necesita ser muy varón; hay tantos que quisieran abrazar esta dura carrera pero todos se han arrepentido de buscar al diablo en el sitio de los cuatro caminos. Tu papá no se ha decidido, pero el día que él se resuelva, se hará rico, de la noche a la mañana, y si se arrepiente, volará toda su vida sobre la nada. De momento no ha cerrado el pacto con Satanás y por eso lo ves sonriente con todo mundo. Con que espero me resuelvas". Otra vez me oprime contra su pecho y con la diestra se despide de mi papá, Pancho Ngula.

Nos despedimos de Nino a las diez de la mañana y nuestros pies se arrastraban de contento camino a la casa.

Mi hermana Inés llora desesperadamente, un anillo que ella olvidó en el baño ha desaparecido, mi papá amenaza a mis primas Nufa y Catalina, hijas adoptivas, que viven con nosotros desde muy pequeñas, las dos se niegan a confesar.

Mi padre amenaza: "—Si no me dicen quién escondió el anillo de mi hija, desde este momento mismo quedan despedidas de casa, aquí sólo quiero gente honrada y nada de sinvergüenzas que quieran robar las pertenencias de mis hijos. Si no me dicen quién fue —amenaza con el puño— sobre la cabeza de una de ustedes caerá la maldición de Nino.

Mis primas se miran azoradas y en sus ojos veo la vergüenza que se esconde para no ser descubiertas por el brujo.

—"¡Calixta —llama a mi mamá —vas a acompañarme a ver a Nino y pobre de ellas si son descubiertas en el espejo!"

Los pies descalzos de mis padres van recogiendo el polvo del camino que lleva a la casa de Nino y en cuanto él los ve llegar no espera que se le haga consulta:

—"Con que ya me traes a Calixta que vea a la muchacha que tiene escondido el anillo, ¿verdad? Pasen al rincón de la casa a reconocerla".

De un baúl viejo, arrinconado detrás de un ropero de caoba extrae un espejo bañado de polvo y polillas.

—"Mira Pancho —muestra a mi papá— la imagen que ves en el espejo es bien conocida para ustedes; la muchacha es bien joven, güera, ¿la conoces?"

— ¡Es ella! Responde mi mamá, sorprendida de la habilidad del viejo —pobrecita de Nufa, asienta, el espejo no miente, ella es, Pancho.

—"¿Convencido? Agrega el brujo, no te cobro nada por tratarse de que eres un amigo viejo".

Salen mis papás de la casa de Nino convencidos de la falta de Nufa y que ella confesaría al final. La respuesta no se hizo esperar; mi prima Nufa ya estaba arrepentida de su yerro y, se mostró abiertamente autora del hurto.

—"Yo lo robé, tío Pancho, —confiesa—, lo hice porque mi mamá está muy enferma y guise comprarle una medicina que ella necesita para curarse la herida que se ha llenado de gusanos".

(Mi tía Nela estaba siendo víctima de una de las enfermedades más

terribles de la humanidad: La lepra).

Pasan los días de enero con tanta prisa como baja un vaso de agua en los días más calurosos del año, marzo o abril. El pueblo se prepara a recibir la fiesta de San Blas Atempa, tres de febrero. Se estrena ropa nueva. La banda de música de Lano Morales toca desde la cúpula de la iglesia La Sandunga, la Tonalteca, Lucero de la mañana, etc. etc.

Los mejores trajes de tehuana sonríen en las esculturales formas de las blaseñas que exhiben en sus brazos y cuellos el ahogador y las pulseras de oro que las hacen más hermosas.

Las enramadas bostezan un aroma de carrizo fresco y en el vientre de los cocos se acaricia la dulce agua que se ofrecerá al paladar de los parientes en el lavado de ollas. Los plátanos que cuelgan en racimos serán pronto víctimas de los murciélagos que habitan en la sacristía de la parroquia de San Blas, y cuántos más no harán pasar una mala noche a los golosos chiquillos "Gopa Yu'du" —cuidadores de la iglesia—.

Vuelan las campanas anunciando la terminación de la misa ofrecida al santo patrón del pueblo, los fuegos pirotécnicos se elevan al cielo para morir como la luz de la esperanza deshecha. Los músicos de Lano Morales y Froylán Espinosa se adelantan a formar valla y con la marcha Zacatecas arrastran la alegría por las calles de San Blas Atempa para detenerse, finalmente, a la fresca enramada que baila de júbilo a las notas de la Sandunga.

La fiesta comienza y todos se arremolinan, unos detrás de otros, pegados a la enramada de mirones y otros que bailan para clavar en el corazón del pueblo la sabia observación del célebre Lano Morales. Que en cada fiesta de pueblo se observan a tres tontos: Los que miran, bailan y tocan.

Sigue el pueblo embriagándose de júbilo, los hombres despilfarran su dinero concediendo preferencia a las mujeres que ofrecen alegres sus sonrisas detrás de sus puestos. Un abrazo o un beso los extravía, en este caso, a todo San Blas Atempa.

Termina la fiesta que arrastra en todos los hogares la pobreza o la miseria que al final son superadas por los blaseños. Y como consecuencia de todo lo gastado o derrochado, mi cuñado Luis Meca pierde su yunta de bueyes, diplomático, al fin, se acerca a su suegro,

Pancho Ngula, para pedir que lo lleve con el brujo. El cuñado no cree en los prodigios de Nino pero por fin se decide a consultar su caso.

—"Ta Nino, necesito encontrar mis bueyes que andan perdidos desde hace unos días".

—"Mira, Luis Meca, reprocha el brujo, tú no crees en mi poder. Eres demasiado lépero, pero para que veas que Nino Cabeza es un aliado del diablo, te voy a mostrar en mi espejo el sitio exacto donde puedes encontrar tu yunta, —lo jala de un brazo y lo lleva hasta un rincón—. Mira, le dice, en ese espejo puedes ver a tus animales descansando a la sombra de un palo de olivo, es extraño que ahí hayan buscado, pero, no tardarán en buscar la sombra de un chicozapote. Si reconoces el sitio —señala— mañana mismo debes salir a buscarlos y, si no los encuentras, cortas la cabeza de Nino y la cuelgas de una de las rocas del cerro El Zopilote para que esos buitres desgarran mi seso y me lleven delante del infierno".

A la mañana siguiente encuentra mi cuñado su yunta de bueyes en lo más espeso de Montegrande.

Desde ese día, mi cuñado Luis Meca, tan incrédulo y lépero creyó en los prodigios de Nino, pero, no por eso, dejó de hacer sus bromas: —"¡Ah, qué viejo tan sinvergüenza, si yo ya sabía adonde podría encontrar amarrados mis pobres bueyes!

Por todas las arterias que alimentan a San Blas con los demás pueblos del Istmo de todas partes continuaron llegando a consultar a Nino Cabeza.

Doña Flaviana de Morales, acaudalada ganadera de Ixhuatán, oyó la fama de Nino de la boca de Tacho Mistu y, un día lunes, a las diez de la mañana, llega a las puertas de Ta Nino para consultar su caso.

—"Señor Nino, —afirma—, de mi casa han desaparecido todas las alhajas que compré con la venta de un poco de ganado que tengo en las islas, mi compadre Tacho Mistu me aseguró que tú podrás ayudarme a localizarlas. Si me ayudas, Ta Nino, ofrezco, además de lo que me cobres, una yunta de toros cebúes y una vaca con cría para que tomes leche todas las mañanas".

—"Nada de eso Saynes —contesta el viejo—, tus alhajas están en el mismo lugar que las guardaste, sígueme aquí al rincón y verás que lo

que estoy diciendo es lo cierto".

Saca el brujo del rincón su lente mágico y en el espejo muestra a la señora Saynes el sitio exacto de las alhajas.

Sobre el camino que abraza el panteón de Tehuantepec regresa doña Flaviana a Ixhuatán y al tercer día que llega a su hogar ordena a su mozos limpiar toda la casa. La sorpresa salta a los ojos de la señora cuando ella descubre una olla de barro que poquito a poco va mostrando en su vientre, de entre las mazorcas, todas las alhajas que guardaba.

En efecto, en recompensa envía lo prometido para hacer más compacta la fama que Nino corrió a entregar a la historia.

LOS OJOS DE NINO

Desde Guatemala hasta Tijuana, de costa a costa y, siguiendo las márgenes del Rio Bravo, bajan en procesión los enfermos de hechicería a buscar a Nino que les cure su mal. Los ojos de Nino andan en todas partes: En forma de tigre recorre la Meseta Central, vestido de zopilote vuela hasta el Bravo y disfrazado de lechuza baja las sierras del Soconusco. En la Sierra Madre del Sur, que arranca del Nudo Cempoaltépetl, establece su cuartel general y, por las noches de luna, transformado en gallina con polluelos penetra en las casas de las mujeres en cinta.

Los ojos de Nino andan en todas partes. La fama de Nino corre de norte a sur y de este a oeste.

Una vez llega hasta él un hombre de mirar sombrío con los músculos desencajados que lo hace ver un cadáver y con una voz muy grave que denuncia su total perdición.

—¡Ah, bichi! —amigo— contesta el brujo —con qué poca cosa te mueres. Dame tu mano para que yo lea los brincos de tu sangre (Toca el pulso y le mira los ojos). Tú no tienes nada que te alarme, a ti te mata la envidia de un vecino que ve que progresas. Se ha metido en tu cuerpo y no saldrá hasta verte morir. Si quieres, me conformo con veinticinco pesos que me pagues y, en la primera oportunidad, aprovecharemos, con luna llena, para devolver ese golpe a tu vecino hasta convertirlo en un

esqueleto como ahora te tiene".

El enfermo calla estupefacto ante la mirada de Nino que no le aparta la vista de sus ojos.

El hechicero agrega: "¿No te arrepentirás que llevemos a la tumba a ese tu vecino mentiroso? Se va a salir de tu cuerpo el mismo día que yo vuele sobre el Soconusco, pero antes, llevarás en tu veliz un muñeco atravesado de alfileres para que lo entierres cerca de su casa. Yo conozco a la persona que el contrató, es un mareño que va mucho a Chiapas, su nombre es Valentín Gómez de San Francisco del Mar, ¿tienes mucho dinero, verdad? No te asustes amigo, yo no te voy a quitar tu finca cafetera que tienes en Tapachula. Te quiero curar solo porque quiero demostrar a ese mareño que yo soy el único brujo con poder que existe en la tierra. Ellos son los únicos que se han atrevido a molestarme pero, ahora que me dan la oportunidad de justificar mi valía, me dará gusto verlo arrodillado pidiéndome perdón y como perro quiero verlo lamiendo pies. Ese mareño no se va a burlar de Nino, mañana en la noche lo tendré debajo de mi carreta convertido en gato, ¿no oyes el gato que aúlla arriba de la enramada? Ese es el cobarde mareño que se arrepiente de su osadía. Yo le enseñé los secretos de la hechicería y ahora propala en todo el Istmo que él es el dueño de todo el territorio nacional y hasta le ha dado por meterse en Guatemala, ¿oyes como llora de tristeza? Ahora mismo lo hubiera aplastado pero me causa lástima destruirlo".

El enfermo siente que la sangre de sus venas ha dejado de agitarse, los brincos del corazón se han normalizado y, abrumado de la idea de sentirse curado, de alegría abraza al brujo y exclama de gusto:

—"¡Me ha curado usted, señor, estoy a salvo de mi enfermedad!".

Manuel Asturias, que así es el nombre del enfermo, en agradecimiento al brujo, extrae de su veliz un fajo de billetes envuelto todavía en papel crepé.

No hubo necesidad de noche con luna llena, Nino ríe de contento, levanta una piedra para asustar al gato que se ha echado a sus pies: —¡Vete de mi vista mareño, tonto! ¿Cómo te has atrevido a molestar a Nino?

El pobre animal corre y se detiene más adelante para mirar a Nino

que levanta una mano de carreta con la que le amenaza: "Si vuelves te voy a romper la cabeza para que sepan que Nino es tu padre!

El gato le oye acomodando la injuria en el vientre de su oreja derecha y desaparece lentamente por la vereda que conduce a la casa de Antonina, la vallista.

El desfile de enfermos continúa, día y noche; Nino Cabeza duerme hasta el rincón más apartado de su casa. Vestido de blanco consulta a la luz de un candil las imágenes que reproduce su espejo. Cambia el espejo de su sitio para ver su propia imagen, y se habla consigo mismo: —"Pues ya me veo un hombre de setenta y cuatro años, y con este pelo enmarañado me he de ver más horrible ante los ojos de los niños, ¿será que no regresaré a mis treinta años como cuando todas las muchachas del pueblo se desvivían por mi? Pues yo creo que estoy mejor así, todo mundo me respeta bajando la vista cuando me ve pasar. Mis pestañas ya están más largas y los vellos de mis brazos han crecido, ¿qué pasará con los bigotes cuando yo me muera? Prefiero cortármelos antes que vayan a parar en las manos de un tonto mareño que no ha sabido respetar el poder de mis fuerzas. Tú, amigo —agrega— me acompañarás una de estas noches que salga a recorrer mis dominios. En Guichivere estarán esperándonos Beto Cotorra y en Bixana, el amigo Juan Chale. Mírame bien para que me reconozcas y me identifiques entre las víboras de Yerbasanta. Tendremos que recorrer todo el Istmo en la misma noche y allá en los llanos de San Mateo del Mar contaremos el ganado de Bayaní si es que Beto Cotorra no ha hecho de las suyas. En la Ventosa o Salina Cruz comeremos un tiburón, ¿no te dará gusto probarlo en la cima del cerro El Morro? Bajarás por un saco de sal a la salinera de El Marqués y de paso en Lachiguiri invitarás a la familia de Mariano Salva. Con que mírame, bichi, y no te vayas a perder". Un bostezo pone fin al soliloquio.

Nino duerme una noche tranquila.

La brisa de la mañana lo despierta, se asoma a la puerta de su casa, extiende el brazo para saludar al sol.

—"Gracias, hermano, tu novia ha cumplido en velar mi sueño, Liboria, —llama a su hija — ordena que pase el más enfermo:

La señora va por un enfermo envuelto en una blanca sábana de pies

a cabeza, y con una toalla que le ciñe las sienes.

—"Con que te duele la cabeza, ¿verdad? Las patadas de esa mula no son para que sufras y llores, día noche. Mírame los ojos y procura detener los latidos de tu corazón. Pues mira, bichi —asienta—. Ella te quiere y por eso no te deja dormir. Ella es buena pero el celo es celo y el hombre es hombre. ¿Con quién te quieres casar? Escoge, porque hoy mismo tendrás que decidir el futuro".

El enfermo se tranquiliza y con una voz medio avergonzada, responde: "Yo prefiero a Elvira que me quiere más, no es tan lépera como María".

—"Pues esta misma noche irán tus papás a pedir la mano de ella y para el mes deben casarse, le dices a tu papá que ya hablaste conmigo".

Se despide el enfermo quitándose la toalla que traía en la cabeza, envuelve su sábana y sale sonriente de la casa de Nino.

El viejo muestra de alegría su ejército de marfil.

En diciembre diez se casa Emilio con Elvira en la iglesia de San Blas porque en la parroquia de San Pedro Xihui los curas discriminan a la clase campesina, como si el santo no fuese el dueño de las llaves del cielo.

LOS AMIGOS DEL HECHICERO

Noche de luna llena. Soledad en las piedras que velan el sueño del pueblo que duerme.

Sobre la cintura del Cerro del Tigre la silueta de un hombre se pierde por el portillo de San Antonio. Nino Cabeza bordea la vereda que lleva a Guichivere. Aúllan los perros que ven a Nino que se convierte en furioso jabalí. Hace rechinar sus dientes para llamar a su amigo que convertido en una tortuga resbala en una de las piedras que abraza la iglesia del barrio. Es Beto Cotorra que se asoma, amigo de antaño.

—"Amigo Beto, quiero que cambies de vestimenta, —le ordena— tus pies los necesito ligeros porque necesito tu compañía esta noche, ¿no te parece mejor que te transformes en tu verdadero ser? Como cotorra tendrás que acompañarme y yo me convertiré en murciélago para

mostrar toda mi fealdad. Para que no te caiga de extraño quiero salir contigo, esta noche, a recorrer el dominio de los huaves, pero antes, debemos pasar por Beto Chale que nos espera en la puerta del panteón de la ciudad de Juana Cata Romero".

—"Como quieras Nino, tú lo ordenas, para hombre, tú sabes que podrás disponer de los servicios incondicionales de tu amigo Cotorra. Puedes disponer de mi cabeza si no mato ese nahuatl mareño que osa siempre molestarme, ¿cuándo has visto un tehuano guichivirenses se detenga mirar un huave? Cuida Nino, que el mareño no acostumbra dormir con los dos ojos, no vaya a suceder que un día te coman los zopilotes en los llanos de San Mateo o en los bancos de arena de San Francisco".

La Luna llena se esconde por ratos detrás de "Guiengola". Son las tres de la mañana, Beto Cotorra y Juan Chale regresan abrazados después de recorrer la cima del cerro de El Zopilote desde donde acompañaron a Nino a vigilar el paso de los mareños que pasan camino a Tehuantepec a vender sus camarones y pescados horneados.

—"Apresuren sus pasos, Beto y Juan Chale, no nos vaya a sorprender el día y tengamos que ocultarnos en Montenegro, nido de nuestros enemigos".

—"No te preocupes, Nino, —responde Juan Chale— mis pasos son más largos que los del "Hombre Salvaje", que vive allá en el corazón de Yerbasanta. La conoces, ¿verdad?

—"Claro que sí, Chale, el hombre salvaje es mi aliado desde que me hice a esta vida, ¿no ves todo ese ganado de Beto Sánchez que inunda toda esa parte del Morro y la Ventosa? A las doce del día me veo con él a la hora que baja a tomar agua y aprovecha para reunir su ganado que muere de sed. Regresa a esconderse por las sierras de Astata y Huamelula, y desde allá, con un silbido muy agudo dirige todo el ganado que se arremolina, inicialmente, para dirigirse, enseguida dormir en Yerbasanta. No te preocupes Chale —agrega— en uno de estos días te llevaré a conocerlo, sólo te pido que no te asustes al verlo, su estatura alcanza a veces, unos tres metros y si lo encontramos descansando verás su cabeza reposar sobre el cerro de Guiengola con los pies colgando sobre la carretera. ¿Por qué crees que su dominio abarca todo el Istmo"?

Son las cinco de la mañana. Sobre el cerro de El Tigre se despiden de Nino, Beto Cotorra y Juan Chale mientras que allá en el horizonte se va asomando lentamente la luz del amanecer.

ROMANCES DE NINO

Luna llena en la playa del río. Tehuantepec descansa tranquila bajo el dulce rumor de las verdes palmeras que mecen su sueño.

Un tigre acaricia sus bigotes bajo el puente del río en espera del momento que el reloj del Palacio Municipal mueva su péndulo para anunciar las once campanadas.

Sobre el cerrito de Santa María se apaga una luz de candil. En la ventanilla que da al río asoma su rostro Rosaura Betanzos que busca afanosa la silueta de Nino.

Son las once de la noche.

El felino cruza la corriente y apenas sale a la orilla se sacude el agua que baña su cuerpo. Escala lentamente las peñas que conducen a la ventana de Rosaura que ya muere de desesperación de solo ver a Nino. Nino ya es un tigre que no tiene ya nada de fiera. Se desviste a la luz de la luna y bajo una piedra que ataja la corriente del río esconde su piel felina para acercarse sigiloso hasta el corazón de Rosaura.

—"Chahua querida, no sabes cuánto te amo y te adoro, mi vida es tuya".

—"Yo también te quiero, Nino. No sé por qué siento correr en mis venas un suave terror de que alguien me roba tu cariño... Abrazame fuerte, quiero sentirte dentro de mi y que mi ser sea tu ser y que mis noches sean tus noches,

¿no ves cómo la llanura y la luna se mueren de envidia que hasta arrojan por sus ojos la llama del cielo? Mira a la luna, Nino, no sea que un día la hagas caso y me cambies por ella. Júrame que nunca me cambiarás por otra".

—"Te juro, Rosaura, por el cielo tan hermoso de nuestra tierra y que la corriente de ese río me arrastre muerto hasta el fondo del mar si no cumplo mi palabra".

Los dos amantes se estrecharon tiernamente mientras que la luna se va escondiendo detrás del Cerrito que cuida el sumo de Lieza.

—"Rosaura, —interrumpe Nino— voy a tener que retirarme, es la una de la mañana y mis amigos Beto Cotorra y Juan Chale deben esperarme detrás de la iglesia de Guichivere".

—"No te detengo, querido, Tehuantepec es tuyo y Rosaura, la reina de tus noches".

Se despiden con un beso muy prolongado y Nino se va apartando lentamente hasta perderse entre la cadena de piedras que abrazan la cintura del río.

Otra vez Nino, disfrazado de tigre va cruzando los barrios de Tehuantepec y por el portillo de San Antonio se mudó, de ropa para volar hasta Espinal.

Amalia Cruz lo espera ansiosa.

Convertido en dulce cenizote anuncia desde una rama de guieshuba que ha llegado a posar cerca de su amada.

Amalia se asoma a la ventana, a la luz de la luna llena. Protegida del sueño de sus papás recibe a Nino con tierno abrazo y le prodiga de besos en la frente.

—"Via Nino, (mira) le dice, me has tenido aquí desde muy temprana hora esperándote ¿no sabes que me expones con mis padres? No me gusta que llegues tarde a visitarme, tú sabes que son muy delicados y el día que ellos se enteren de estas citas serán capaces de colgarme de un morillo de la casa, ¿no podrías llegar un poco más temprano que de costumbre? desde mañana quiero que seas conmigo, un poco más puntual y me dediques un poco más de tu tiempo, ¿me oyes verdad?"

—"Te escucho, querida, no soy Nino si desde mañana no cumplo mi promesa de presentarme más temprano, así tenga que volar. Tú ya me perteneces y qué más puedo pedir a Espinal si me ha dado lo que más quiero".

—"Via pa siodxilu Nino (mira si te estás quieto Nino) Psss... mis papás están despertando. Guye'ne Chine' diuxi lii (vete y que dios te acompañe).

Regresa Nino a San Blas por el camino que lleva a Juchitán y de paso a Santa Rosa saluda a Chavé Meca y por ese mismo rumbo se

transforma en armadillo para correr a alcanzar el último hilo de luna que se pierde detrás de las montañas.

Son las cinco de la mañana con luna llena que se va hundiendo lentamente detrás de Guiengola.

LA MUERTE DEL BRUJO

Una nube de murciélagos procedentes de Montegrande oscurece la cara del cristalino cielo de Tehuantepec. Una lechuza detiene su vuelo entre las ramas de un palo de congo que protege la casa de Nino y desde noches atrás El Cortamortaja rasgaba el pedazo de cielo que cubría la existencia del brujo.

El hechicero sueña tantas cosas horribles que no ha podido pegar un solo rato la tela de sus ojos. Un gato negro arranca ayes de dolor en su maullido, los esteros que corren del Pacífico hierven de lagartos y cocodrilos de todos los tamaños y, por el rumbo de Juchitán se escuchan aullidos de perros que ven a Nino en la "chinguiña" lagaña, de sus ojos.

La luna llena asoma desconfiada allá detrás de los montes.

Tiembla Nino de terror, la sangre de sus venas se agita y los latidos de su corazón aumentan por segundos, ¿qué pasa con Nino Cabeza? No acepta que su hija Liboria llame a un médico, se duele de la cabeza que le sacuden los nervios, se toca el pecho y responde a sus latidos: —"Tú no eres mi aliado, maldito mareño, mis amigos están llamándome desde la cima del Cerro de Bixana. ¿Que puedes hacer por mí, cobarde? ¡Me engañas! ¡Déjame solo, quiero morir abrazado de mis amigos"!

Los murciélagos sonrían a la vista de Nino y la discreta lechuza, su más fiel aliada, descubre la hondura de sus ojos para anunciar a Nino que el huave-jabalí avanza lentamente a hundirle sus colmillos en la nuca. El agonizante así lo entiende, pide prestado el puñal de las miradas del búho y con él trata inútilmente de defenderse. Los lagartos y cocodrilos se revuelcan de impotencia y como ejército van cubriendo una valla que arranca desde San Mateo del Mar hasta el Puerto de Salina Cruz.

SHUNCO

Avanza la noche, y antes de amanecer, en el pico de un zopilote se ve a Nino colgando y otro huave rayo lo escolta dividiendo el cielo en dos lunas y arranca del tronco la cabeza de Nino para depositarla, finalmente, en el corazón del cerro de Bixana.

Liboria Tovar llora inconsolable la muerte de su padre y sobre el cielo de Tehuantepec se retiran lentamente los murciélagos que presidieron el cortejo fúnebre que terminó al amanecer.

Como nunca se había visto en Tehuantepec sucedieron tantas cosas en el mismo día que Nino dejó de existir: Los perros corrieron de norte a sur persiguiendo a un supuesto ser invisible; los zanates abandonaron las camas de las frondas haciendo más negro el día que cubrió de una densa capa negra el rostro del cielo; los gatos dejaron de maullar y las golondrinas surcaron el firmamento retirándose de San Blas.

—"Los que creyeron en mi —sentenció al morir—, les autorizo que me busquen a la misma hora que el sol cae en nuestras cabezas; sobre las piedras del cerro de Bixana me encontrarán transformado en lagartija o iguana".

En efecto, los blaseños buscan a Nino al mediodía y sobre las rocas del cerro lo encuentran reposando abrazado de sus aliados.

León Gón, su discípulo, lo dice y ni quién lo dude.

Los juchitecos y otra gente del Istmo lo buscan en el panteón de Dolores en una cripta que dice: Antonino Tovar nació el 22 de diciembre de 1872 y murió el 14 de febrero de 1952.

APARICIONES DE NINO

Desde que Nino fue muerto atravesado de alfileres y la cabeza arrancada del tronco por los huaves-jabalí y rayo, no ha dejado de verse por las noches recogiendo sus pasos por todas las calles del pueblo. Su alma pena en todos los rincones del istmo que lo conocieron.

A la mitad del día en que casi es imposible soportar la llama que cae directamente sobre la cabeza, se le oye quejarse de los latigazos que le infligen sus aliados que no le perdonan hasta hoy el haber aceptado la muerte por enemigos inferiores a él.

El cerro de Bixana, donde él siempre deseó radicar ya de muerto, se ahoga de silencio a esa hora del día porque considera a Nino un cobarde que no fue capaz de representar a Satanás en la tierra.

En la Semana Santa que coincide siempre con luna llena, me acuerdo haber visto a Nino enfrente de su casa sentado en una carreta, vestido todo de blanco con un palo en la mano y, en cuanto él me reconoció, como culebra desapareció entre las rendijas de la puerta de pencas que como abanico se cerró en la parte de abajo.

En Todo Santo que empañan de frutas la cara del altar que se ofrenda a la memoria de Nino, el brujo resiste a los ritos y en forma de sopro sacude suavemente la mesa, apaga las velas y del rostro del altar ruedan las frutas por toda la casa.

Hasta el día de hoy sigue viéndose en las noches de luna llena, vestido de blanco con un sombrero ancho veinticuatro y con su cola larga envuelve la copa en forma de anillos.

Los noctívagos que regresan de las fiestas a la media noche o de velorios de algunos parientes o amistades, cuentan que ven a Nino y con un alfiler o aguja que le muestran, el brujo desaparece como por encanto. En ocasiones se presenta como marrano rabioso y por todo el camino va rechinando los dientes.

¿Sabes cómo conjuran la presencia de Nino? Clavan sobre la sombra que proyecta el animal el alfiler o la aguja que se llevan consigo en la bolsa y enseguida se alejan del sitio o se quedan a mirar a Nino que se ahoga en llantos y súplicas. Se queja y les ruega que lo desaten, porque se siente amarrado de los pies; muchos se ensañan con él y ríen a carcajadas de las lágrimas que escurren de sus ojos.

Nunca falta, eso sí, quien se desquite y le reproche: —"Tú, Nino Cabeza, siempre me amenazaste de niño que me convertirías en murciélago o zopilote y, no te desato porque quiero que te vean todos los que pasan al río por agua".

Dan las cinco de la mañana y la luna casi se despide detrás de los cerros, pero por ratos, se asoma para proteger a Nino de los que de él se ríen porque lo ven quejándose de las costillas atravesado de alfileres.

—"Desátame, hermano —suplica—, con la seguridad de que te entregaré todo el tesoro que tengo enterrado en las faldas del cerro El

Tigre. Mañana temprano, a esta misma hora que tú me libres yo te entregaré también una carreta de mazorcas".

En ese momento, unos rayos de luna ya huérfanos de luz se compadecen de Nino y, fieles al hechicero le iluminan el solo sitio para arrancarle los alfileres que le atraviesan y con la ayuda del blaseño se levanta el brujo que emprende la huida por el camino que lleva al cerro de Bixana.

Los borrachitos, que son más ingeniosos, se burlan a cada rato de las artimañas del brujo: Se untan la "chinguiña" del perro en los dos ojos y con esa mucosidad lo descubren así se esconda en las alas del viento, y el que quiera verlo en la oscuridad más profunda y honda, también podrá valerse de la chinguiña del gato. ¿No vez que el gato camina con tanta seguridad sobre la profundidad de la noche, así sea la más negra? Sus ojos brillosos son más luminosos y fieles que dos lazarillos.

—Yo le oí a mi papá, Pancho Ngula, hablar de Nino en sus últimos días:

—"Ese Nino ni de muerto ha dejado de hacer sus cosas: Ayer al mediodía se le oyó rugir sobre la punta del cerro del Tigre y, a la misma hora y en todas partes del Istmo se le vio mudándose de forma: En Montegrande lo vieron comer como un león sediento de sangre, en los llanos de San Mateo del Mar, como tigre devoraba los corderillos y ganado vacuno. A medio camino que conduce a Juchitán, como "hombre salvaje", atravesado en el camino, la cabeza descansaba sobre un tronco enorme de guanacastle y los pies sobre las ramas de una pochota. En el cerro El Morro aulló como coyote hambriento. En el cerro de El Padre López, del portillo de San Antonio, se le vio abrazado de sus amigos Juan Chale y Beto Cotorra de "Guichivere" allá en Yervasanta, como culebra se enredó en las ruedas de las carretas y no permitió que los leñadores volvieran a sus casas; en Guiengola, se dejó asomar sonriente por el único ojo del cerro que como enorme cíclope descansa a un lado de la presa "PRESIDENTE JUÁREZ".

—"Yo lo vi salir del panteón a esa misma hora, arrastraba una cola larga, pero muy larga. El sombrero veinticuatro que siempre usó, lo traía de una mano para dejar ver sus cuernos tan inmensos que se encajaban sobre el lomo del cerro del Tigre".

¿Se puede saber quién no vio a Nino a esa hora del día?

"Llegó a Espinal pidiendo una jícara de agua porque entró al pueblo con los labios resecos. Entró a Juchitán simulando un huave con una canasta en la espalda vendiendo camarones y pescado al horno; en Ixhuatán, se presentó disfrazado de comprador de ganado y después de saludar a su amigo de antaño, Yando Don, buscó el camino del río y en la canoa de Manuel Tin se perdió en las corrientes del Ostuta".

"No ha dejado Nino de quejarse de sus aliados que lo tratan muy mal y por eso se le sigue viendo en todas las noches con lema llena a al mediodía descansando en una de las piedras grandotas que están sobre el cerro de Bixana".

"No salgas de la casa —recomienda el viejito— porque Nino se puede colgar de ti como oso que chupa la sangre del becerrillo, hunde sus colmillos en el cuello y en un santiamén te deja inmóvil".

"Si tienes mujer encinta, pon una palangana de agua debajo de su cama y que ella lleve oculto en su cinturavo a la altura del ombligo una moneda de bronce y con un poco de sahumero que riegues en el rostro de la casa o en los corredores, lograrás ahuyentar el espíritu maligno de Nino".

"Amigo istmeño —exhortaba por último mi papá— en la cuaresma ve a recoger a la iglesia de tu pueblo, una cruz de palma el Domingo de Ramos, colócala a la mitad de tu ventana y llama al cura que bendiga tu casa. Aunque Nino ya está muerto, debes estar seguro que su alma estará rondando par tu casa, pero tú debes estar preparado para correrlo can esta admonición:

—"¡Via pa siélu gabiá, Nino, bibi gueeta lade shpini lu, bini dxaba! (A ver si te vas al infierno, Nino Nahuatl, regresa entre tu gente, gente del diablo".

Moría la tarde por el cerro del Guiengola y papá Pancho Ngula tomó entre sus manos su libro de rosarios para orar por el alma de Nino.

AÑOS DESPUÉS

No parece que hace mucho tiempo hubiese muerto Nino, los años se detienen frente a su tumba del panteón de Dolores como rindiéndole

pleitesía cada vez que la cuaresma llega al pueblo. Los decenios se han juntado en vez de dispersarse y como si el brujo saliese del sepulcro para reunirlos como rebaños de ovejas.

Muere el nieto adoptivo del hechicero y los hombres del pueblo, netamente campesinos, se citan a la casa del difunto para encaminarse horas después a preparar la sepultura que reciba los restos de Alberto Grijalva, más conocido en la población como Beto Bayani, marido de Elsa Wegner, la nieta más querida de Nino.

El grupo de blaseños rodea la cintura del sepulcro y uno de ellos sonríe irónico, abre los brazos en abanico y como imitando al brujo interrumpe el silencio que bosteza la tumba abandonada:

—"Hasta que llegó el día, Nino Cabeza, otro que no es de tu familia ocupará el sitio de tu reino y desde hoy quedas despedido de tus dominios y ya no serás más que una alimaña perdida en los montes".

El hombre que así maltrataba la memoria del hechicero era nada menos que Carlos Loro, el terrible guasón que no ha respetado ni a los mismos santos del pueblo.

Y tras de la arenga en zapoteco el silencio del sepulcro parece interrumpirse por un extraño ruido seco y opaco arrancado de lo más hondo de la tierra revuelta. Los hombres se arman de pala, barreta y machete y otro que incidentalmente llegó al lugar coge un pedazo de hilo que extrae de la bolsa para medir el terreno que ocupará el nieto.

—"Pues ni modo, Nino, tienes el mismo tamaño que tu nieto, ya ves que ni fuiste tan grande para haberte comparado con el mismo diablo, ¿ahora me entiendes? —enseguida ordena—: Saquen toda la tierra hasta descubrirlo".

Se apresuran a remover la tierra y antes de llegar al féretro que guarda al terrible brujo, uno de ellos deja caer la barreta con todo el peso de su tamaño que hace temblar la tierra, la herramienta se clava en la tierra mojada y al primer intento para sacarla, el hombre se sacude de pavor al observar en la punta de la barreta un cráneo que se deja caer sentado en el suelo después de una vuelta completa en el aire.

—"Había de salir con la suya este Nino —subraya el más anciano—, ahora sí que ni de muerto quiere vivir en paz; se sigue mofando de nosotros, ¿no habrá manera de acabar esto pronto?"

Susano Salinas, amigo también del brujo y el más respetable en el pueblo, interviene para sentenciar:

—"Vamos a dejarlo en paz y ni siquiera intentemos llegar a la caja que guarda sus restos, de todas maneras fue un buen hombre que trató siempre de ayudarnos, claro que no es remoto que lo siga haciendo después de muerto, ustedes sabrán más tarde por la boca de sus familiares que sigue apareciendo en los mismos sitios que lo vieron en vida".

Apenas si tuvo razón el viejito, en ese mismo instante una voz se dejó escuchar de la pequeña ermita: "Déjenlo en paz, ya llegará la hora que él aparezca a sus nietas". La voz aquella se perdió en un chiflido que corrió a ocultarse en otro de los sepulcros más cercanos.

Las palas y las barretas continuaron cayendo sobre la cara de la tumba y por ratos se escuchaba el golpe seco que devolvía la madera que retachaba las herramientas.

Por la tierra de los huaves un relámpago se desliza como ofidio que busca despedazar el rostro del horizonte. El cielo se cubre la cara con un manto gris y con sentidos ayes derrama sus lágrimas sobre la faz de la tierra.

El pequeño grupo se refugia en el pequeño santuario por donde antes arrancó la misteriosa voz y mientras esperan que la tormenta se diluya se enjugan el rostro impávido ora con un paliacate negro o con la misma falda de la camisa empapada de sudor.

—"No olviden, compañeros —puntualiza Susano Salinas—, Nino vive, no ha muerto, el hombre aparenta haber desaparecido pero, ya ven que nos sigue observando y si alguien lo duda yo le autorizo que lo saque de su estuche y le escupa la cara".

Todos callan, una sola palabra no se atreve a romper el muro de los labios que se resisten a abrirse hasta que uno de ellos da un paso hacia el borde del sepulcro para decir:

—"No me atrevo a interrumpir la paz de mi amigo, está muerto, pero estoy seguro que nos oye, es mejor que recemos algo a su memoria y que Dios lo tenga en un buen sitio".

Fidencio Ruiz, se arrodilló y con una pala arrojó un montón de tierra sobre el cráneo que no se movía de su lugar.

El grupo bendijo la tumba y en son de paz se retiran del lugar acompañando cada quién su herramienta al hombro sin dejar por ello de tejer en el pensamiento una anécdota de Nino que en villa y después de muerto sigue siendo el mismo Nino Cabeza.

El veto negro que en media hora cubrió el rostro del cielo se rasgó en pedazos hasta dejar completamente limpia la faz del horizonte.

PRODIGIOS DE LEÓN GÓN

León Gón, discípulo muy querido de Nino, heredó de aquél, aunque no del todo, las sabias enseñanzas de su maestro sobre el difícil y escabroso misterio de la hechicería.

Adrede fue a vivir el discípulo en la falda del cerro del Tigre, por aquello de "tendrás que hacer las cosas conforme a lo que yo ordene desde el lomo de una de las piedras más grandes del cerro de Bixana, a la misma hora que el sol mande sus rayos sobre la cabeza del pueblo".

León Gón, pendiente de las señales del maestro siguió al pie de la letra los mandatos de su amo y así fue que un día se le presentó una señora del vecino pueblo de Ixhuatán que le dice:

—"Vengo, señor León, desde un pueblo muy cercano al mar. —"Ya lo sé amiga, la interrumpe, tú vienes de "Guichi Yasa", ¿verdad? En otra época no podría, tal vez, curarte el mal que no te deja vivir en paz, pero ahora que ya trabajo con mi aliado Nino Cabeza, ten la seguridad que ya conozco la raíz del mal que te trae hasta esta casa, ayer mismo que emprendiste tu viaje él me lo comunicó de inmediato y así es que tu problema ya lo tengo solucionado sin que tú me lo platiques, pero si tú quieres, haré que mis cartas te digan la verdad".

Ta León Gón extrae de su bolsa unas cartas que extiende sobre un petate y antes que las miradas de la señora posaran sobre ellas con el índice de la diestra señala: "El as de oro que monta al as de espadas te ha librado repentinamente de una mala sombra, aunque es cierto, de momento estás viviendo de pobreza y miseria para educar a tus hijos, estoy seguro con la lectura de las cartas no pasarán muchos afros que tú recuperes todo el capital que la suerte te ha estado negando; lo que

inviertes hoy, mañana lo recuperarás con creces. Además, querida amiga, te prevengo que una mala suerte ensombrecerá tu porvenir con la muerte de uno de tus hijos, el rey que permanece boca abajo nos lo dice claramente que tendrás una época de duelo en tu hogar".

La señora selló sus labios, pagó los honorarios del brujo y no muy convencida se retiró del sitio.

Transcurrieron algunos años de aquella visita a León Gón, los hijos crecieron y cuál no sería la sorpresa de la amiga que un día menos pensado, regresa a casa uno de sus hijos varones a anunciarle a ella: —"He conseguido, mamá, trabajo en Petróleos Mexicanos y con el dinero de la primera quincena que me pagaron me compré unos billetes de lotería en Nanchital, Veracruz, y qué crees, mamacita, la suerte me ha ayudado con cien mil pesos que son tuyos". Y el hijo humilde, agradecido de los desvelos y sufrimientos de la viejecita, deposita en sus manos un fajo de billetes de a mil, ¿cien mil pesos señor, usted cree? Enseguida me muestra sus alhajas que compró con aquel dineral, me lleva de las manos a recorrer la mansión que construyó y con las lágrimas en sus ojos me muestra una pareja de pajarillos que alegran el apacible ambiente donde ella pasa sus últimos días. Un baúl viejo de sus abuelos guarda en su vientre el resto de joyas que ella ya no quiso mostrarme.

Pero hasta allí no pararon las predicciones de León Gón, a los pocos años de haberse visto brillar el sol sobre el rostro de la casa de mi queridísima amiga, una noche de enero un automóvil o camión atropella sobre la carretera a uno de sus hijos que llegó a la fiesta de visita, lo encuentran tirado y ensangrentado a la orilla del camino, su motocicleta a unos metros de distancia con una piedra bañada en sangre, ¿de quién sería el criminal atropello? La señora lo sabe pero ella se resigna a no abrir sus labios apoyándose en el sabio refrán que "No hay mal que dure cien años..."

Una bruja de Juchitán, a quien ella consultó, le dijo la verdad del accidente: "El día que quieras ver morir a la persona que acabó de matar a tu hijo con la piedra que encontraron a su lado, saca la ropa del difunto que tienes escondida detrás del altar, o, si deseas verlo pasar frente a ti doliéndose de su pecado, espera que regrese al pueblo de vacaciones".

La misma cosa le dijeron a su otro hijo que pasó casualmente en la casa de un amigo de Juchitán.

¿Y cómo lo llegó a saber la hechicera? No cabe duda que los istmeños somos depositarios de muchos conocimientos negados a la ciencia.

Y el mismo León Gón le dijo a ella al volver a darle las gracias: —Puedes decirle a tu amigo de Niltepec que su hijo lo mataron en el monte y, después de asesinarlo lo quemaron pero se les olvidó recoger el cinturón que olvidaron del árbol donde lo ahorcaron. Avísale a ella que vaya al lugar que yo indico y sin dar muchas vueltas encontrará el objeto que hasta ahora cuelga de las ramas del árbol".

La amiga siguió ciegamente los consejos de León Gón y con la mayúscula sorpresa de que al tercer día de haber ella salido de su casa encontró el cinturón y reconoció el lugar del crimen.

Curioso, ¿verdad?

Y lo que sucedió con el marido infiel a mi me consta, pero para qué le sigo contando más prodigios de León si habrá otro que los cuente mejor.

EL RETORNO DE NINO

Apenas ayer, cuarenta días después de la muerte de Beto Bayani, la nieta se sintió sola, abandonada y triste.

Una voz del rincón de la casa la despertó y era que su abuelo Nino hablaba con ella:

—Veo que te sientes sola, sin un familiar que te ayude con los niños, ¿qué tienes que no sales a buscarme?

El miedo la traicionó separando sus párpados; los vellos de sus brazos se mecieron y los pasos del abuelo como hacía veinte años se sintieron en el corredor.

El banco largo de la enramada cayó empujado por una mano invisible; las gallinas se alborotaron y el perro de la casa aulló largo rato sentado en sus patas, después, el animal traspuso la puerta arrastrando su aullido detrás de alguien que se alejaba protegida de la noche.

En la madrugada, despertó de nueva cuenta el perro interrumpiendo con su llanto el sueño de los niños; el animal movió su cola como recibiendo a su amo.

¿Quién llegaría en ese momento? El corazón se levantó a avisar a Elsa que su abuelo llegaba, enseguida, la escoba de la enramada sacudió el polvo, en la cocina se escuchó que alguien refregaba los platos.

Los zanates despertaron alborozados de las frondas borrando el terror que se había anidado en el corazón de la nieta.

Como nunca en los cuarenta días de la muerte del marido las visitas fueron llegando desde la mañana hasta la caída de la tarde.

— ¿Has ido a consultar a los espiritistas? — La interrogó una de las tías que también conoce de estas cosas.

No resistieron los ojos el disparo de la pregunta, el corazón comenzó a llorar por dentro.

—He querido hacerlo pero todavía no me atrevo— contestó.

—Es justo que vayas —agregó la tía—, a lo mejor puedes hablar con tu marido o con tu mismo abuelo.

La noche cayó en los ojos de Elsa ayudándole a olvidar sus penas.

Adrede dejó ella transcurrir unos días hasta que una tarde se animó.

Atravesó la playa del río caminando rumbo a Santa María; allá la aconsejaron que buscara la casa de una señora que vive en la falda del cerro de Lieza.

—¿Quién te aconsejó que me buscaras? Le preguntó una voz desde un rincón de la casa.

—Mi tía.

—¿Sabías que aquí me encontrabas?

La voz del abuelito se hizo más clara coma cuando tuvo sus setenta años.

—No, — le dijo— mi corazón me lo avisó.

—Pues mira, hija —aconseja— tú sabes que no los he querido ayudar desde que fui muerto por aquel brujo de San Mateo del Mar pero ahora que ya estoy libre y cuento con la ayuda de mis aliados, te anuncio que volveré a la tierra.

—¿En qué forma? —Se adelanta ella a pedirle.

—Viviré en un rincón de tu corazón para aconsejarte de cómo debes

curar a los enfermos.

La nieta se rió como es su gracia.

—No te rías —la reprendió— vivirás de lo que yo te aconseje que hagas; por ahora tendrás que sufrir otros años hasta que tu marido sea liberado de los malos espíritus que le estorban su paso al cielo.

Un nudo se formó en la garganta de la nieta; ya no quiso contradecir a su abuelo porque una luz posó en su mente desde aquel mismo instante.

Ella me ha confirmado lo escrito y cree ciegamente en el retorno de su abuelo Nino.

¿Tú que dices, amigo?

Yo sólo espero poder contar algún otro día el retorno del brujo.

EN LA CASA DE NINO

En un baúl de caoba, cuidadosamente cerrado con llave, descansa un voluminoso libro que habla sobre el arte de la brujería; a su lado, dos juegos de naipes, uno muy usado y el otro, seminuevo.

Elsa, la nieta de Nino, los mira con respetuoso silencio en los labios hasta que pasado un rato decide hablar:

—Mi abuelo Nino nos dijo que si queremos ganar mucho dinero, el secreto lo podemos encontrar en algunas páginas que él señaló con carbón.

Cosa extraña, Nino Cabeza no supo de letra pero sí de treta agregó ella.

—Este es el espejo —señaló—, aquí desfilaron muchas imágenes de personas y lugares que él localizó.

—Esta linterna de petróleo, —continuó— para leer la oscuridad de los ojos.

Pregunté a la nieta de las condiciones que imponía el abuelo para enseñar el arte de la brujería.

—No era nada fácil —respondió—: Generalmente mi abuelo recomendaba que se curara a los enfermos los días martes y viernes, los otros días de la semana que se hiciera uso de los naipes de acuerdo con

la baraja que cayera o que se sacara de las demás, enseguida que se leyerá en el libro algún párrafo señalado con el carbón.

—Varias personas intentaron aprender sus enseñanzas pero, a última hora, se arrepentían.

—Pancho Ngula —dijo— se asustó de las condiciones que él le señaló: Le exigió que una noche se presentara en el panteón, entre doce de la noche y una de la madrugada.

Entonces me acordé de lo que una vez platicó mi papá: Fui al panteón —aseguró mi padre— entre doce y una de la mañana, como él me indicó. Me asustó el profundo silencio del panteón y, todavía más, cuando vi un bulto asomarse de entre los sepulcros con unos cuernos enormes.

A la mañana siguiente que Nino pasó por mí para ir al río, me preguntó Nino si encontré al amigo y el resultado de la entrevista, y yo de plano le contesté que me asusté. Entonces, Nino me aclaró la situación:

Mira, Pancho —me dijo— nuestro aliado sale a esa hora que te indiqué, ya bien como hombre o como víbora, otras veces en un jinete.

Como persona humana él te pide si te gusta la profesión y si aceptas salir con él a recorrer el territorio nacional, y si respondes afirmativamente, entonces, a la siguiente noche se te presenta en otro sitio que escojas convertido en un jinete, te invita a montar en las ancas y agarrado de él cruzan el espacio istmeño en un cerrar de ojos. Pero ahí no termina la misión, a la tercera entrevista te lleva con los aliados que se hallan entre las montañas que recorren la República, y una vez que ya hayas tratado con ellos regresan al mismo sitio donde él te levantó.

Otras personas que se han visto en circunstancias parecidas —aclaró mi papá— se han arrepentido y acabaron por romper la amistad con Nino".

Movido por la curiosidad de niño, le pregunté a mi padre si hubo alguna persona que enseñó a Nino el arte de la brujería y, entonces, la respuesta se dejó caer solita: Ta Midio Jiménez, me respondió.

Nino —me dijo— era de por sí un hombre de mucho valor desde que fuimos jóvenes, si se le hablaba de apariciones se reía y cuando se le decía de los muertos en pena la carcajada se le hacía más grande en sus

labios.

Elsa Wegner me siguió mostrando las demás pertenencias de su abuelo: Un sombrero veinticuatro, le llaman en el pueblo, un ceñidor color negro, unos huaraches, camisa y calzón de manta y cinturón "culebra" todavía con dinero en el vientre.

El retrato de Nina colgado en la pared lo presenta como una persona seria, pasiva, de bigotes abundantes, labios carnosos, nariz regular y de cuerpo robusto como los guanacastles del pueblo.

El sombrero veinticuatro lleva en la copa la cola del diablo que le da hasta tres vueltas coma abrazándola para que no se escape.

Y por más que le pedí a Dolores y Elsa que me vendieran las cosas de Nino, me aseguraron que ni la misma muerte las desprenderá del inmenso cariño que le tienen a las pertenencias del abuelo.

Y es que esperan que el abuelo vuelva a instalarse en el mismo sitio de la casa que ellas cuidan como la misma niña de sus ojos.

III. CRISTO EN EL ISTMO

LA LLEGADA DEL MESÍAS

No lo vi pero se sabe por la tradición oral que, antes que otra región del mundo, Jesús de Nazareth, prefirió caminar descalzo sobre las quemantes arenas del Istmo.

Las aves, todas, se alborozaron de alegría al notar la presencia del Hijo de Dios; algunos mamíferos chocaron de gusto sus cuernos de marfil y, otros, se ofrecieron conducirlo en sus lomos donde le fuese necesario para ocultarlo de sus perseguidores.

Cristo llegó al Istmo en la época que todos denominamos "Naba'na" Semana Santa, o sea, semana de la tristeza y dolor; época, en que el divino Señor huía de los judíos que, inútilmente, trataban de alcanzarlo y antes que, entregarse a la furia de sus enemigos, prefirió buscar la protección de las aves y plantas.

El "Biguitu", alondra istmeña fue el primero en anunciar la presencia del Hijo de Dios: Desde una rama de pochota dejó escuchar su mensaje de paz, la mañana, se abrió fresca para recibir al Mesías y las flores, todas, untaron de aroma el rostro de las calles que lo veían pasar con la desesperación qua saltaba de sus ojos; el "Guieshuba", jazmín del istmo,

ofreció la belleza de su cabellera blanca y verde y con el perfume que dejó escapar de su bostezo de la media noche inundó de aroma el ambiente que dejaba paso al Señor.

Todo era música, alegría y canto al paso del Mesías.

El "Chaca" pájaro carpintero simuló desde el cuello de un cocotero poseer la habilidad del artesano clavando su pico sobre el tronco para dejar escuchar el golpeteo de su martillo sobre el clavo.

La "Chiza" ardilla bailaba de contento, saltando de rama en rama y parecía llamar al peregrino para ofrecerle sus dos lamparillas.

El "Shahui" urraca escandalosa y aduladora, calló, a cambio, de un manto y collar que le ofreció la Virgen María, pero, claro, de alguien había que desconfiar y esa indiscreta ave fue, precisamente, el Shahui, que acabó por traicionar a Cristo delatando su presencia en los platanares del pueblo.

El "Guengue" loro se colgó de un racimo de mangos abriendo una herida en cada una de las frutas y, desde arriba, ofreció la cueva recién construida para albergue de los peregrinos.

¿Quién, dime, querido lector, si abre la Biblia del Istmo, no colaboró para ocultar a Jesús de sus enemigos judíos?

El "Manitijera" cortamortaja no tan sólo ayudó a Jesús, sino, esa misma noche se retiró de la región para no rasgar el silencio en pedazos.

El "Golagú" de Ixhuatán, posó sobre los labios del río antes que el Biguitu, se alió con el gavilán para llamar el norte que anunciara la presencia del Señor.

Finalmente; todos los animales se pusieron de acuerdo en una reunión cumbre para prestar asilo al Señor que venía de muy lejos y, desde ese día, se estableció entre los istmeños la gracia de la hospitalidad para todo aquel que pisa sus tierras.

Jesús ya era un hombre y, a pesar de su edad, los santos, Jesús y María, bajaron del jumento que los conducía y lo dejaron solo, envuelto en un huipil, y a cada paso del borrico que se dejaba caer limpio y redondo, a la mitad de la noche, una estrella se apagaba del cielo para dejar al "Paraguyeu" trazar bien claro el camino que los llevaría al pueblo.

Amaneció el jueves santo con centenares de judíos entre los

platanares y carrizales; el Shahui enmudeció de asombro y empezó a tragar el collar que la Virgen le había regalado por unas gotas de silencio; lo tragó cuenta por cuenta, y el primer judío que le vio en los ojos la llama de la indiscreción, se apresuró a ofrecerle una gorrita puntiaguda negra que traza una lanza y, de la alegría que le cause esta mísera dádiva, dejó escapar de sus labios la palabra ¡Judío, judío! para indicar que allí se encontraba escondido el Mesías.

El Hijo de Dios estaba descubierto: Encontraron a Jesús en una hoja de plátano, envuelto y escondido entre la corteza y, con una cinta extraída de la misma planta, lo amarraron para entregarlo a Herodes que voló de Nazareth al Istmo.

El viernes lo crucificaron, el pueblo lloró la muerte de su hijo y desde ese día todos los corazones istmeños derraman torrentes de tristeza y dolor, de ahí que, Cristo, en zapoteca, significa "Naba'na", o sea, melancolía, en castellano.

LA RESURRECCIÓN

Los judíos aprehendieron a Jesús de Nazareth desoyendo el llanto inútil de la planta que quiso protegerlo en su corteza, ni porque estos ingratos la vieron bañarse de lágrimas en todo el cuerpo, ni así lo dejaron libre, y desde ese día el palo de plátano no deja de llorar cada vez que alguien lo maltrata con su machete, y el que así lo hace le remuerde la conciencia porque cree, en verdad, que comete un sacrilegio y es que, Cristo vive aún en la corteza y su sangre es la savia que baña el cuerpo de la planta.

No parece que la tradición haya llegado de muy lejos para alimentar la fe del pueblo que no cree en la muerte de Cristo; los niños, sabemos bien que, el viernes santo y parte del sábado de Gloria, no tenemos derecho a entregar nuestro cuerpo al baño, sería un pecado bañarse con la sangre de Cristo que tiñe de rojo la corriente impetuosa del río; nosotros, así lo vemos, y nadie se atreve a cometer el sacrilegio durante esas horas que Jesús permanece en su sepulcro. Sólo Pancho "T" profanó la santidad de esos días y en castigo enloqueció muchas horas, hasta que las campanas del pueblo anunciaron la resurrección pudo Pancho

recobrar el conocimiento que había volado a las alturas a confundirse con las nubes. El niño istmeño lo sabe y no acepta un solo trago de agua ni con engaños del mismo Satanás.

Nuestros abuelos suelen repetir todavía: ¡Cuidado y te bañes en la sangre de nuestro Señor! Y así, los niños llevamos guardado en nuestro ser, la obediencia y respeto que debemos a la muerte de Cristo en quien solo vemos dulzura en esos días.

Nadie, también, sale a los huertos por el temor de encontrarse a un judío que haya quedado de espía, la urraca nos denunciaría; parece mentira, pero ese animal indiscreto fue abandonado a la tierra como maldición, de ahí que todos la vemos volar de rama en rama, como castigo, sin cesar un solo rato de llamar a su aliado judío.

Nadie acepta un castigo que provenga del hombre: la iglesia es la única autorizada a salvar al niño desobediente que corre a esconderse del llanto de las campanas que anuncia la resurrección. Desde la noche del viernes ninguno duerme con los ojos cerrados y es que, la mamá esconde en su enagua un cinturón o amarra las puertas con un ceñidor.

A las nueve de la mañana se cierran las calles de papás, y hermanos mayores y como diques, impiden el paso de la corriente de niños que salen corriendo de sus casas al llanto de las campanas, Cristo, en ese momento resucita y los papás recurren, primero, a la dulzura:

—"Déjate pegar en las piernas, hijo, nuestro Señor ha resucitado y la luz de sus ojos, que se han abierto, te ayudarán a crecer".

Una desobediencia acarrea un vendaval de cinturonzos. Y así ni quien corra a escapar con los tíos que ya esperan escondidos detrás de las puertas con un carrizo en la mano derecha que es la que ayuda a crecer.

Yo, muchas veces corrí y creo que en castigo sólo llegué a crecer un metro y medio.

Con justa razón se denomina este día del año como Sábado de Gloria: El pueblo llora de alegría porque Cristo resucita y hasta las plantas y aves que lo protegieron se les ve alborozarse de gusto y hasta la misma tradición que llegó de muy lejos no deja de enviar una sonrisa al pueblo que se entrega al encanto de la resurrección.

EL CENTURION DEL NAZARENO

Un soldado romano se quedó a cuidar a Jesús de Nazareth durante todos los días de la Semana Santa; el recuerdo viviente camina a los ojos del pueblo que cree en la pasión de Cristo, ¡cuidado que en esos días la tristeza palpita en el corazón de los istmeños que ven en la tradición un consuelo que lava sus pecados!

Dicen, que esto ya es afirmar, luego que la urraca entregó al Hijo de Dios a sus enemigos, voló junto con los demás judíos a Jerusalem para comunicar a Herodes que a Jesús lo aprehendieron en los platanares de la región.

El Judas de la Biblia no existe en la mente del niño zapoteca y, más que el Iscariote, se cree en las gotas de indiscreción de la urraca que impidió la huida del nazareno.

El centurión, hoy día, es un istmeño de Tehuantepec que se traslada la noche del miércoles a la celda que se improvisa en la iglesia de San Sebastián, al norte de la ciudad.

Armada de una Lanza, zapatos negros, en señal de luto, con garbancillos en el interior del calzado; pantalón oscuro con camisa blanca y un antifaz que le cubre completamente el rostro y parte de la cabeza, el centurión camina, día y noche, en el interior de la celda sin que sus ojos conozcan una gota de reposo.

El Cristo que él custodia tiene las manos atadas, una corona de espinas le tiñe la cabeza, un manto color lila le cubre, el cuerpo y una gota de sudor camina sobre sus mejillas. Es un Cristo renacentista, de sus ojos nace un fulgor resplandeciente que ilumina el alma del niño zapoteca de mi pueblo.

Yo lo visité durante todos los años de mi infancia, cada vez que la Cuaresma llega a Tehuantepec y, en muchas ocasiones, me colgué de los barrotes de la celda que impiden la fuga de Jesús; el centurión vio el deseo que anidaba en mi pecho y dándome la espalda insinuó ayudarme a despedazar el hierro que sentía retorcer entre mis manos; el Señor me miró con dulzura dibujando en sus labios una sonrisa y de sus ojos leí un mensaje de paz y amor.

El centurión, generalmente, es un joven apuesto de la clase

campesina que se ofrece con dos años de anticipación a servir a la religión para hacerla más viviente.

Yo conocí a uno de ellos, Pedro Carrasco de San Blas Atempa, que cumplió la promesa de hacerse centurión y desde ese día desapareció totalmente, el mal que lo invalidó durante toda su infancia.

Pedro, aunque terminó exhausto la penitencia, regresó a su hogar después de la resurrección impulsado por un deseo ferviente de empuñar las armas a la causa de la Revolución Cristera.

Una retrocarga y machete colgó de sus hombros; cambió los zapatos por unos huaraches, pies de gallo, y llenó de tortillas un morral con el que siguió los pasos de Nando Gallegos que en esa época recorría los pueblos del Istmo.

Esa noche se limpió la cara del cielo que durante todo el día se había vestido de luto; un cometa se asomó por el oriente despertando la calma de todo un pueblo que dormía; por la tierra de los huaves unos relámpagos escalaban el horizonte seguidos de unos quejidos de la tierra que lloraba por dentro.

En pleno abril el oriente se despedazaba, se diría, que se desplomaba la tierra a la desaparición de su hijo pródigo.

No se supo más de Pedro durante casi dos decenios hasta que la Semana Mayor volvió a caer en el mismo mes de abril lo trajo cargado de sus alas.

Los papás se mostraron incrédulos a la hora que la noche lo entregó a la puerta de la casa.

—"Yo soy el mismo Pedro de hace veinte años —afirma— caminé toda la cara del territorio nacional hasta que decidí volver al pueblo por unos días".

El azoro, como niño, corría y bajaba de los ojos a los pies de los viejecitos hasta que el shunco, el benjamín de la casa los convenció que tocaran a Pedro que se presentaba de carne y hueso, y es que los zapotecas creen vivamente en el retorno de los muertos, pero esta única vez dudaron que Pedro fuese el hijo que ellos habían perdido.

Los años no le pesan a Pedro y aunque las canas se niegan a denunciar su vejez, los pies le responden ágilmente cuantas horas tiene el día para escalar el cerro que separa al pueblo de la ciudad.

Pedro Carrasco, como los demás que sirvieron de centurión, forma

hoy parte del ejército mexicano y sólo vuelve a Tehuantepec cuando la Semana Santa vuelve a caer en abril.

LAS LÁGRIMAS DE CRISTO

Como fieles soldados permanecen de pie en el corazón del pitayal, no son otra cosa que los cactus que recogieron las lágrimas de Cristo. Ellos son los amigos del nazareno, el encanto del niño zapoteca que los busca en la cuaresma.

Como que pertenecen a Jesús de Nazareth, son del pueblo, del pequeño que los busca ahí los encuentra.

Se dice que después de la resurrección el Hijo de Dios caminó durante todo el día para ocultar en un sitio seguro el dolor que le atormentaba. Se internó en el pitayal para burlar la indiscreción de la urraca. Lloró como niño que se pierde en esos montes, y, después de caminar mucho, se detuvo a contemplar el cielo que ese día se mostró más limpio que el día de la pasión.

Lloró. Lloró amargamente su desgracia. Se acordó de Pedro que se arrepintió de haberlo negado.

¿Otra vez lo abandonarían en este monte inseguro?

Las pitayas se formaron a protegerlo de una nueva traición. Arrancaron las espinas que le sirvieron de corona y con ellas mismas se cubrieron el cuerpo, de pies a cabeza.

El nuevo huerto de Jesús se cubrió de frutas que como botones se fueron abriendo a la vista del nazareno. El Señor los vio con los ojos llorosos y en vez de arrancar el cuerpo que se mostró complaciente, con sus manos fue depositando las lágrimas que le resbalaban de los ojos. Las acomodó en la pulpa que en aquel entonces tuvo el color verde tierno de la tuna. Horas después el mesocarpio se tiñó de rojo.

Es por eso que cuando el niño zapoteca visita el pitayal del pueblo, ve en los cactus la imagen del soldado romano que se alió a Cristo, y en la fruta de estos fieles latinos encuentra el cuerpo de Jesús tinto en sangre con las lágrimas vestidas de luto.

SAN VICENTE GOLA

Todas las noches, a la misma hora y por las mismas calles, un hombre, vestido todo de blanco, con huaraches y canoso, le pone alas a sus pies para llegar lo más pronto a su destino.

Los noctívagos sanblaseños se detienen a mirarlo y todos coinciden en señalar: "Es San Vicente Gola que va a Juchitán".

La historia es bien larga de contarse, pero todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más anciano, se la sabe de memoria y cosa extraña que son muy pocos los juchitecos que la conocen.

La tradición oral que nada se le escapa se detuvo una vez a encargar a los más viejos que la transmitieran de generación a generación, para que San Vicente no se vaya del pueblo y así se sienta más ligado a la gente que lo salvó de una muerte segura.

Es por eso que desde el rincón de una casa de San Blas, el Santo sonrío agradecido durante todo el día sin desperdiciar una gota del tiempo y, por la noche, abandona su altar para salir a recorrer sus dominios de Juchitán.

Ta Andrés Lushu, que murió a los ciento diez años, contaba a la sombra de un robusto higo de la casa que salvó al santo durante los días de la intervención francesa. Que un suave había llevado ya al hombro y como si una luz lo iluminara, de un puntapié hizo caer al soldado francés privándolo del conocimiento.

—"Juchitecos y sanblaseños —contaba— en encarnizada lucha contra los franceses: Ellos con armas de fuego y nosotros con palas, machetes y con estacas los encerramos en un camino lleno de lodo. Allí los agarramos a palos y sin piedad los sentamos en las estacas. Los pobres soldados nos pedían clemencia y ninguno les perdonaba el haber invadido nuestra patria. Ellos caían y nosotros nos divertíamos con las botas llenas de lodo. Ganamos la batalla ese cinco de septiembre de 1866. A esa hora es que me pidió el santo que lo condujera a San Blas Atempa y yo obedecí a traerlo en mi carreta. Desde ese día sale San Vicente solo por las noches, con luna o sin luna".

"Aquí en el pueblo, y señalaba con los dedos, todavía pueden verse muchos pozos cubiertos de piedra, allí sepultamos a todos los franceses

que agarramos prisioneros, vivos y muertos los dejábamos caer parados para que ya no volvieran a hacernos la guerra. San Blas Atempa había cumplido con la patria y yo, no he muerto para estar cerca de las autoridades que cumplan construyendo un México nuevo".

Ta Andrés Lushu vivió ciento diez años. Lúcido de pensamiento y presto siempre a servir al más humilde campesino. Los juchitecos lo visitaban y sin saberlo reposaban a un lado de San Vicente Gola. Siempre sostuvo que una indiscreción muy abierta le costaría perder la confianza del santo.

—"Este es San Vicente Gola, el viejo, confesaba a los juchitecos aquí nació y conmigo ha crecido; el hijo, vive en la iglesia de Juchitán y él lo mandó a fundar la ciudad hace cientos de años".

Los juchitecos cargaban de mazorca sus carretas y se retiraban satisfechos por el oriente.

Una reprensión muy severa le costaba a Ta Andrés Lushu en cuanto se retiraba la caravana.

—"Deja de engañar a mi gente Andrés, le decía el santo en el fulgor de sus miradas; ellos no saben nada Pero tu insistencia podrá descubrirme al final".

Murió Andrés Lushu y una caravana de juchitecos se dejó asomar a las orillas del pueblo en busca de su santo. La noche los sorprendió tapando de mazorcas y zacate el camino a Juchitán y mientras las yuntas tiraban de las piedras del cerro del Tigre, el santo salió por el camino a Santa Rosa sin miedo de cruzar los esteros, llenos de lagartos para dirigirse rumbo a Juchitán.

La sorpresa se hizo mayúscula cuando el grupo de juchitecos se acercó a la casa del santo. Na Chehua les dijo:

—"San Vicente salió entrando la noche; si lo quieren esperar, él vendrá acompañado del lucero de la mañana".

—"No te creemos, viejita, el santo debe estar en su sitio". Empujaron la puerta que se abrió de par en par, y a la vista de todos ellos el altar que habitualmente sostiene al santo se desplomó al suelo como si un enorme peso lo aplastara.

Con los ojos perdidos en el cielo, el grupo de juchitecos se fue haciendo de reversa hasta encontrar en la calle una multitud que les cerraba el paso.

—"No se lleven el santo, señores, suplicaba el más anciano, él les dará más estando con nosotros que yéndose a vivir con ustedes a Juchitán".

Así fue, en verdad, los juchitecos obedecieron retirándose a las orillas del pueblo para presenciar el regreso del santo.

El planeta Venus se asomó por el oriente derramando claridad por todo el camino que devuelve de Juchitán, minutos después sobre polvosa vereda la silueta de un hombre ya entrado en años, vestido todo de blanco y de pies alados.

Todos los juchitecos, ahí reunidos, señalaron al unísono:

—"San Vicente Gola, regresa de Juchitán".

Desde esa hermosa noche, presidida bajo el amparo del planeta Venus, juchitecos y blaseños fundieron en uno sus sentimientos.

EL CHUPAMIRTO

"Dios no lo quiera —suspiró— el Chupamirto en cuanto vio que una nube de aves se alejó de las tierras del Istmo zapoteca. Para saber a dónde van —dijo—. Yo aquí me quedo entre las flores".

La alegría corrió a posar a un lado del corazón del Todopoderoso que se sentó pacientemente a esperar la llegada de la bandada que cruzaba el cielo.

"Tú, —señaló al loco— tienes de comer y dar de comer al hombre de tu bocado. Ábrele una herida al mango y en ella deposita la miel de tu pico, pero aguárdate de la travesura del pequeño que sin duda buscará lastimarte, ¿sabes, querido? Le interrogó, confúndete con las hojas y quedarás a salvo de los niños".

El pájaro carpintero presentó la madera labrada y así quedó definitivamente abrazado de su misión.

La urraca que denunció a Cristo a los judíos ni se atrevió a dar la cara pero el Señor le hizo de señas perdonándole el agravio. ¿Sabes? —Se adelantó a denunciar a la ingrata—. El colibrí te desoyó quedándose en la tierra.

La alegría volvió a retozar en el corazón de Dios: —"Déjalo, —cortó

de un hilo—, el colibrí es el más pequeño de todos ustedes y, por lo mismo, merece todo nuestro respeto y cariño. Es mejor que se haya quedado entre los mirtos, de allí y como tal será su nombre.

Hizo el Creador que cayera el manto de la tarde azul y oro; cortó la alegría y blancura de la aurora y el verde azulado del horizonte y, de las barbas del mediodía desgarró los hilillos y llamando en voz alta al gorrioncillo recomendó: "Llévate este traje multicolor al Chupamirto y con esta lanza que extraigo del relámpago, entrégale su misión que allí deducirá su nombre.

Mucho se alegró el Colibrí del mensaje del Creador y desde ese día, hermosamente vestido y mudando siempre de ropa como de nombre, se pasea visitando las rosas: La fe salva al hombre parece insinuar a quien lo mira volar de pétalo en pétalo.

El zapoteco que lo ve detenerse en el aire, le clava la vista en el pico y como no le descubre el instante que él se decide a extraer el néctar del mirto se resigna a llamarle "Biulú" que quiere decir "que clava los ojos".

LA URRACA

La urraca traicionó a Cristo en los días que más necesitó la Virgen que ella callara. Escandalosa como es, entendería mal a la Santa que le pedía en zapoteco que ella se callara: —Chahui... chahui —le habló— y la urraca en vez de la gota de silencio que se le pedía, siguió volando de rama en rama, con la palabra judío en la boca hasta provocar la curiosidad del enemigo.

Uno de aquellos hombres se le acercó cuando la vía desesperada: —¿Quieres algo? Casi le suplica. La urraca, ingenua al principio de la creación, llevada de su candidez, sin quererlo, denunció la presencia de Jesús en el carrizal.

—Allá está él; les señaló.

Los judíos corrieron a buscar al Hijo de Dios que se escondió en el hueco del carrizo.

La urraca no cesó de volar llevando en la punta de la lengua la palabra judío, judío.

Llevados de la inspiración de la ave los perseguidores se dieron prisa a la búsqueda del nazareno que por ratos se le debilitaba la esperanza de escapar.

La urraca insistió en su denuncia: —¿Te callas? Le suplicó la Virgen entregándole un manto con lo que la cubrió del frío de la madrugada, le colgó un collar en el cuello. Chahui xa... Le volvió a hablar en zapoteco para que aquellos hombres no entendieran, pero la ingrata urraca como todo niño ingenuo no calló. Aprovechando esa pequeña distracción, corrió el nazareno a esconderse en los platanares. La urraca lo siguió, paso a paso, pensando que lo protegía, pero ni que el judío fuera tan tonto, con tal insistencia logró descubrir a Cristo escondido en la corteza del palo de plátano. Entre cinco y seis hombres amarraron a Jesús que no opuso resistencia alguna; de allí mismo lo condujeron ante sus jueces que lo sentenciaron a la pena capital.

Se arrepintió la urraca de su indiscreción, pero qué caso tenía ya, si todo se había echado a perder. Enloqueció más la pobrecita de pena, de vergüenza y, como castigo del cielo, se le pegó para siempre a los labios la palabra judío que ya no deja escapar del zapoteco que la ve con un odio terrible por el mismo mal que ella causó al hombre que más quiere. La llama Xahui (sh) como una burla a la gota de calma que ella negó a Cristo: Chahui es calma.

En cuanto el indígena zapoteco se asoma a los platanares sabe de antemano que la va a encontrar derramando la indiscreción que la hizo odiosa entre los istmeños. Y es que como en ninguna región de la tierra se quiere a Cristo con un inmenso cariño, tanto como si él hubiese nacido entre ellos. Por eso es que el indígena zapoteca istmeño lleva siempre en la boca: —Aquí pasó Cristo... también sus papás, José y María.

Pero no le hables de la urraca porque lo ofendes, echa fuego por los ojos como la luciérnaga en las noches de verano.

Urraca es en todo el tiempo, después que Cristo murió, sinónimo de traidor de cualquier causa para el zapoteca entendido. No le juegues mal porque te arrojará con la mirada y la boca el vocablo Xahui. Pero si quieres de él su bondad se deshace par servirte, pero menos que le juegues mal. Con que mucho cuidado con la indiscreción y la mala jugada. Te lo advierto.

BIGUITU

Llamo Dios a todas las aves, un día, para señalar a cada una de ellas la misión que llevarían a la tierra.

Tú, Chaca —le dice al pájaro carpintero—, te encargarás de distraer a cuanto peregrino encuentres a tu paso; le ofrecerás el agua de un coco que mitigue su sed. Posarás sobre el tronco de un árbol simulando abrazarlo y con tu pico golpearás el cuerpo del árbol hasta abrirle una herida que haga llorar el corazón. Tu misión estará cumplida cuando logres derribar el primer fruto.

Y yo, pues —interrumpe el gavián de Ixhuatán— ¿Puedo hacer algo por la gente de mi pueblo? Claro que sí, —responde el Señor—, tú estarás siempre escondido entre las ramas de los sauces que vigilan el paso del Ostuta que corre a confundirse con el mar. Anunciarás al pueblo la presencia del viento que se aproxima rompiendo los bosques que bañan la falda de las sierras; serás conocido con el nombre de "Llama norte".

Tú, por desobediente, —señala al "Ngushi" el zopilote—, seguirás limpiando la tierra de cuantos cadáveres encuentres abandonados en lo más espeso de los montes. Tu misión es anunciar, además, con tu ropaje el luto que debe guardarse al difunto. No te limpiarás el pico ni el polvo de tu cabeza y ofrecerás a la vista del hombre que sabes servirte de lo mejor que él desprecia y que eres el más limpio. Que te basten unos segundos para sacudirte la nariz haciendo creer que estornudas para pronunciar tu nombre en zapoteco: Ngushi, ngushi.

Con tristeza en sus ojos, el "Guguyú" —la paloma torcaza— se acerca derramando timidez hasta tocar el manto del Señor: "¿Yo también puedo ser útil? (Abre los labios cohibida), podría hacer un papel diferente al de mis compañeros. Me siento capaz de atraer al niño que curioso se asoma a la soledad del monte. Simularé ahogarme en llanto para unirlo con el hilo de mi canto a la mamá que lo ha perdido de la casa. La misión estará cumplida cuando él vuelva al lado sus padres".

¿Cómo piensas hacerlo? —Pregunta desconfiado el Todopoderoso—.

"Aprovecharé —agrega el guguyú— el momento en que el niño se

separe del amigo que lo ha sonsacado de su hogar; y si él siente hambre, le entregaré parte de la semilla que arranqué con mi pico de la tierra.

Está bien —sentencia el Señor— desde hoy te llamarás Guguyú que en nuestra lengua zapoteca significa: Paloma torcaza enviada a la tierra. Gugu paloma-yu-tierra.

Tú, que eres más alegre y retozón —le dice el Señor al Biguitu—, acariciándole el manto de sus alas. Te ocuparé, exclusivamente, para llevar la felicidad a tus hermanos, los hombres. Tu uniforme será distinto a las demás criaturas; te vestirás de amarillo con manchas negras en los ojos que sirvan de sombra a tus ojeras, y, desde la rama de un árbol, próximo tu destino, anunciarás la visita de un familiar o la dicha que llegue de muy lejos empujada por el viento.

La urraca, el "Shauhi" que esto oyó, empujó a sus labios una sonrisa salpicada de envidia. Indiscreta, al fin, voló hacia lo más espeso del monte para descubrir a todas las aves la misión tan delicada y hermosa encargada al biguitu. Voló de rama en rama, de árbol en árbol y de bosque en bosque, y cansada al fin, se detiene sobre una hoja de plátano para escupir su envidia al biguitu que transmitía su mensaje desde una rama de "Guiechachi" —cacaloxóchitl—.

Bi nga lij nguitu, le dice en zapoteco, que quiere decir, "ERES VIENTO QUE ENGAÑA".

EL ZANATE

—“Mira— le dice el Creador al zanate que se mostraba desconsolado por el color tan negro que le vistieron— la fealdad de tu cuerpo fue la que me llevó a ordenar que así te arreglaran. Si te fijas bien, la aspereza de tus piernas pueden parecer hermosas con algo de brillo que le robes a tus plumas, ¿te parece feo el manto negro que te cubre el cuerpo? No seas tonto —le consuela— tus amigas aves se morirán de envidia porque ya quisieran ese abrigo tan precioso que tú luces, peso si no me crees, allá donde ves un río romper el bosque, podrás lavarte la ropa y verás que la tela de tu vestido es tan fina que hasta la misma noche se pondrá celosa".

El zanate, no muy convencido y pensando que Dios le adulaba, con la tristeza en los ojos buscó el camino del río, y sin despojarse de su traje negro surdió la cabeza en el agua y sacudiendo las alas golpeó las ondas que se estrellaron en su rostro.

Regresó al cielo a justificarse ante el Todopoderoso y antes de someterse a su justicia las piernas temblaron y casi titubeando expuso: —"Hice lo que tú me ordenaste y sólo quiero aclarar que no me fui con duda alguna". Y Dios que nos conoce, le jaló del mechoncito que le quedaba para dejarlo completamente pelón: —"Dices también que no dudaste de mis palabras, y en cambio regresas sin bañarte bien. ¿por qué lo hiciste? —Le reprende—.

El zanate se atragantó y sólo pudo agregar tímidamente: "Tuve miedo que mis plumas perdieran su brillo".

—"Pues, para que no sigas dudando de mi omnipotencia —le retira la mirada— hoy mismo regresas a la tierra a ayudar al hombre a sembrar, y para tener derecho a comer, lo ayudarás en los días de más trabajo, y del polvo de la cosecha te llenarás el pecho hasta satisfacer tu hambre".

Desde ese día el zanate escolta al labriego que siembra, tras él simula que va depositando la semilla, y a veces, se adelanta a la venta, Pero, una mano invisible le detiene y le jala de sus alas para hacerle cumplir lo que Dios le encomendó.

En zapoteco se le bautizó con el nombre de Bigose que se descompone en "Bigoo" que significa, siembra, y "See", elote, maíz, o que es lo mismo: Siembra el elote que comas. Y el diablo que quiso quedar bien con el Señor estrelló la palabra zanate para separarla en: Zana-tee que se recoge diciendo: Así que quede de blanquisco.

